BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

MEGASISTEMA

CLARK CARRADOS

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

MEGASISTEMA

CLARK CARRADOS

CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

1. — Psicontrol, *Clark Carrados*.
2. — El acuario, *Ralph Barby*.
3. — El traslado, *Marcus Sidéreo*.
4. — ¡¡Explosión!!, *Glenn Parrish*.
5. — Ataúd para un robot, *Adam Surray*.

1.

CLARK

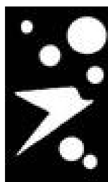
CARRADOS**MEGA**

Colección

LA CONQUISTA DEL

ESPACIO n. º

252Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal: B 16.112 – 1975

Impreso en España – Printed in Spain

1. ª edición: junio, 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela,

así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 – Barcelona – 1975

CAPÍTULO PRIMERO

Con las notas de la última canción de moda en los labios, Thor Berry entró en su departamento y tiró sobre un diván el cartucho de cinta que contenía las páginas impresas de uno de los libros de éxito en los últimos tiempos. Más tarde, tenía el propósito de colocar la *cassette* en la máquina lectora, tumbarse en un diván y dejar pasar el tiempo mientras se distraía con la lectura. La pantalla reproduciría las páginas impresas, ahora escondidas en el cariucho de cinta, de acuerdo con la velocidad de lectura del usuario, en este caso a razón de una página por cada minuto y medio de tiempo. Iba a pasar una agradable velada, distrayéndose, relajando la mente y los músculos...

Pero mientras llegaba la hora de iniciar el descanso, Berry quería saber lo que pasaba en el mundo exterior.

—Noticias —dijo.

La pantalla del televisor se encendió en el acto. Un locutor dijo:

—Se han recibido nuevas noticias sobre el golpe de Estado acaecido en Ooiea. Mediante el cual ha sido derrocado el regente Chawiron. Su rival político, Meghoro, apoyado por una fuerza que se evalúa en no menos de doscientos cincuenta mil soldados...

—Cuánta gente —murmuró Berry—. Sígueme —ordenó al televisor.

El aparato, sostenido por un minúsculo generador de antigravedad, siguió al dueño del departamento en su camino hacia el cuarto de baño. Mientras, el locutor continuaba desgranando las noticias:

—...Las fuerzas de Meghoro ocuparon todos los centros vitales: comunicaciones, transportes, suministros, estaciones astroportadoras...

Berry se quitó el traje que llevaba puesto, un monopieza de tejido gris claro, un tanto azulado, con zapatos incorporados. El cinturón con su bolso yacía sobre el taburete. El traje fue a parar a la lavadora automática. De allí, una vez limpio y seco, pasaría igualmente por procedimientos automáticos, al armario contiguo.

—Las escasas fuerzas que apoyaban al regente Chawiron fueron aplastadas tras corta pelea o se rindieron a los atacantes...

Berry se metió bajo la ducha. La voz del locutor le llegaba confusa y gritó:

—¡Eleva el volumen!

El mando correspondiente actuó por sí solo en el televisor. A pesar del ruido del agua que caía sobre su cuerpo, Berry pudo escuchar las noticias:

—El regente Chawiron ha sido hecho prisionero. Se especula con la posibilidad de un juicio, en el que sería acusado de prevaricación, nepotismo, corrupción y negligencia en el cuidado de los intereses de su pueblo...

—Lo de siempre, vamos —comentó Berry sarcásticamente.

—El nuevo gobierno, presidido por Meghoro, ha solicitado ser reconocido por todos los demás gobiernos del Megasistema. Meghoro y su gobierno han firmado una declaración conjunta, en la que afirman su deseo de mantener la paz con todos los planetas del Megasistema y de no ingerencia en los asuntos internos de otro planeta...

Berry paró la ducha. El secador de aire entró en funcionamiento acto seguido.

—Lo que sí resulta inexplicable —continuó el locutor—, es la procedencia de las fuerzas que han apoyado el golpe de Estado. Según un testigo presencial, son hombres tremendamente aguerridos, duros y disciplinados, capaces de la obediencia más absoluta a sus oficiales...

Berry terminó de secarse y fue al armario. Sacó otro traje parecido al anterior, aunque de color azul oscuro, y se lo puso, mientras el locutor continuaba dando noticias sobre el golpe de Estado en el planeta Ooiea:

—Realmente, es cierto que el gobierno de Meghoro puede ser acusado de graves defectos políticos, aunque nunca de tal naturaleza que justifique de un modo absoluto la acción de Meghoro y de sus partidarios...

—Basta, vuelve a tu sitio —dijo Berry.

La pantalla se apagó. Silenciosamente, flotando en el aire, el televisor volvió a ocupar su puesto en la salita.

Berry sacudió la cabeza. Los sucesos políticos de Ooiea no le importaban en absoluto. Nunca había estado allí, aunque sí en un planeta relativamente cercano, y la verdad es que no tenía la menor intención de volver a ninguno de los mundos del Megasistema de Proción. Fue a la cocina y ordenó el menú a la dispensadora de alimentos:

—Ensalada, un filete, patatas fritas, un cuarto de litro de vino y una taza de café.

Invisibles engranajes actuaron en el acto. Cinco minutos más tarde, Berry salía de la cocina, con una bandeja en la mano.

La bandeja quedó sobre una mesa. Cogió la *cassette* y la insertó en la máquina lectora.

—En marcha —dijo.

La pantalla, de noventa centímetros de ancho por sesenta de alto, se iluminó instantáneamente. Berry empezó a comer, mientras leía la primera página, aumentada a cinco veces el tamaño normal que habría tenido de ser vista en el libro del que había sido tomada la grabación.

De pronto, sintió un golpe en la puerta.

Alguien llamaba a la casa. Se preguntó quién podría ser, ya que no esperaba ninguna visita.

—Párate —dijo.

La imagen se inmovilizó. Berry se puso en pie, cruzó la sala y abrió la puerta.

Un puño salió disparado en el acto contra su mandíbula. Berry apenas si tuvo tiempo de echarse hacia atrás para evitar, el golpe. Pero al mismo tiempo, sabiéndose atacado, actuó con indescriptible velocidad.

Su mano derecha se movió de arriba abajo. El filo golpeó como un hacha la muñeca del hombre que le había atacado. Un hueso crujió y se oyó un grito de dolor.

Al mismo tiempo, percibió la figura de una mujer, forcejeando en el corredor con otro individuo. Berry sacudió una terrible patada en el vientre a su atacante y, casi sin dejarle caer al suelo, saltó hacia él y se precipitó sobre el otro individuo.

Este le vio llegar y soltó a la mujer para enfrentarse con Berry. Pero no sabía que se enfrentaba con una especie de tornado. Sin saber cómo, se encontró volando por los aires. Aterrizó cinco metros más allá, resbaló otro tanto por el suelo pulido y se desvaneció cuando su cráneo chocó contra la base de la pared en que finalizaba el corredor.

Sonriendo satisfecho, se volvió hacia la mujer:

—Quede tranquila, señora; esos rufianes ya no la harán...

Berry se calló. La desconocida, que le había parecido joven y muy hermosa, había desaparecido.

—Debía de tener mucha prisa —dijo.

Miró a los dos sujetos caídos en el suelo sin conocimiento.

—Bah, dos vulgares rufianes —murmuró. En el forcejeo, alguno de ellos había golpeado la puerta de su departamento, que era lo que había llamado su atención.

No quiso molestarse en llamar siquiera a la policía. Ya se irían cuando despertasen.

Entró en el departamento. Apenas lo había hecho, se cerró la puerta.

—Estoy aquí, señor Berry —oyó una voz femenina.

* * *

Berry giró en redondo. Ella había entrado en el piso, apenas se vio libre del sujeto que la acosaba. Así se explicaba su aparente desaparición.

—Señora...

—Me llamo Sybyla Ur-Urrid —se presentó ella—. Usted es Thor Berry, si no me equivoco.

—Ese es mi nombre, en efecto, señora —admitió Berry.

—Celebro haberle encontrado —sonrió ella—. A punto estuve de no poder visitarle.

—Ah, venía a verme...

—En efecto. Dispénseme, estoy impresentable…

La joven se arregló un poco el largo y frondoso cabello rubio, que se le había despeinado durante el forcejeo con sus atacantes. Luego se desabrochó la larga capa de color azul marino que cubría su cuerpo. Berry, fascinado, contempló una figura escultural, cubierta con un traje idéntico al suyo, aunque de color amarillo claro.

—De modo que venía a verme —repitió, embobado.

—Ciertamente, pero, ¿no me invita a cenar? Los alimentos de la Tierra son muy agradables a un paladar kenitrosiano.

—Kenitros —dijo Berry—. El nombre me suena.

—Pertenece al Megasistema —aclaró la joven.

— Ya caigo… Perdóneme, iré a traerle algo de comer…

—Será para usted. Yo voy a vaciar esta bandeja tan apetitosa que tengo a la vista —dijo Sybyla desenvueltamente.

—Es un menú bien corriente —calificó él, por encima del hombro, mientras se dirigía hacia la cocina.

—Usted no conoce la comida de Kenitros; de otro modo, no hablaría así —rió la joven.

Berry repitió la cena. Al volver a la salita, se dio cuenta de que la lectora estaba aún encendida.

—Apágate —ordenó.

—¿A quién le dice eso? —preguntó Sybyla.

—Es la máquina de leer. Puesto que usted está aquí, me parecería incorrecto hacerla funcionar…

—Ah, ya entiendo. Usted hace funcionar sus aparatos por medio de órdenes sonoras.

—Sí.

—Invento suyo.

—Psé… —dijo él.

—Empiezo a encontrar acertada la idea de venir a verle, señor Berry.

—Pero aún no me ha expresado los motivos, señorita Ur-Urrid.

—Me sentiré mucho mejor si emplea el nombre llanamente, sin más tratamientos. ¿Ha oído hablar de Urrid Ur-Ksyol?

—No. ¿Quién es?

—Mi tío y, en lenguaje terrestre, presidente de Kenitros. Corre peligro de ser depuesto, lo mismo que le ha sucedido a Chawiron. Y el hombre que ocupará su puesto se llama, o creemos que es él, por lo menos, Rokk Ur-Banri.

—Ya voy entendiendo, aunque no del todo.

—Mi tío quiere que vaya a Kenitros para evitar ese golpe de Estado.

—¿Nada más?

—No se burle de mí, Thor —dijo la joven—. Esto que sucede es algo muy serio. A poco enterado que esté en política del Megasistema, se habrá dado cuenta de que ya son cuatro los planetas en que se han producido sendos golpes de Estado. Tenemos buenas razones para sospechar que Kenitros será el próximo.

—Bien, pero ¿qué he de hacer yo?...

—¿Conoce los detalles del golpe de Estado de Ooiea?

—Sí, lo que han dicho por la televisión.

—Meghoro era hasta ahora un político ambicioso, como muchos otros. Pero, aunque bien situado económicamente, no se le conocían fondos suficientes para mantener y equipar un ejército de doscientos cincuenta mil hombres, perfectamente armados, duramente entrenados y ciegamente disciplinados. Ante ese ejército, las fuerzas que obedecían a Chawiron han resultado ridículamente inefectivas, aunque pequeños grupos se hayan dejado matar antes que traicionar la fe que habían jurado al regente.

—Unos héroes, no cabe la menor duda —dijo Berry.

—Por tanto, hemos de suponer que, un día u otro, se producirá un nuevo golpe de Estado en Kenitros. Nuestro pequeño ejército no podrá resistir a los hombres de Ur-Banri.

—¿Qué le hace suponer que Ur-Banri atacará con un cuarto de millón de hombres?

—Sabemos que Ur-Banri es el único político de Kenitros capaz de aspirar al puesto de presidente, pero nunca lo conseguirá por medios pacíficos. Por tanto, intentará el golpe de Estado…, una acción absolutamente idéntica a la que se ha producido ya en cuatro planetas del Megasistema. Cada atacante ha empleado un ejército de doscientos cincuenta mil hombres, compañía más, compañía menos. Pero las cifras coinciden sustancialmente en los cuatro casos conocidos hasta ahora.

—Oiga, Sybyla, no me diga que un ejército de un cuarto de millón de hombres, equivalente a veinte divisiones, se puede entrenar, armar y equipar sin que nadie se entere —dijo Berry—. ¿Es que su tío no tiene medios de obtener informes de lo que pasa en Kenitros?

—Eso es lo malo, que no pasa nada, que no hay doscientos cincuenta mil hombres entrenándose para un ataque. Nunca los hubo antes en ninguno de los cuatro planetas atacados y, de repente, como si hubieran nacido del suelo, surgieron y, actuando mediante un plan bien elaborado y mejor ejecutado, conquistaron el planeta en menos de veinticuatro horas.

Berry se sentía pasmado al oír aquellas revelaciones, puesto que se daba cuenta de que la joven no le mentía.

—Sin embargo, hay algo que no comprendo —dijo—. ¿Por qué vienen a pedirme ayuda?

—Es usted el único hombre que puede salvar a Kenitros —contestó Sybyla.

—Vaya, no sabe cuánto me halaga oírla hablar así.

—Mi tío sostiene la teoría, y yo estoy de acuerdo con él, que un hombre solo podría ser mucho más efectivo que un ejército. Por eso vine a la Tierra a buscarle.

—Pero es que yo estoy descansando ahora…

—Nosotros no le conocíamos a usted, ni siquiera habíamos oído su nombre. Pero alguien nos lo mencionó —manifestó la joven—. Entonces fue cuando mi tío tomó la decisión de enviarme secretamente a entrevistarme con usted..

—¿Quién es la persona que citó mi nombre? —preguntó Berry.

Por toda respuesta, Sybyla se abrió un poco el cerrado escote de su traje y sacó un grueso medallón que llevaba oculto. Era como una moneda de diez centímetros de diámetro, por medio de grueso,

adornado el metal, de oro purísimo, con cientos de diminutos brillantitos, los cuales componían un anagrama harto conocido de Berry.

—Usted tiene otro igual —dijo la joven—. Ella se lo entregó hace ocho años.

CAPÍTULO II

Berry se paseó durante unos momentos por la estancia. Los recuerdos se agolpaban tumultuosamente en su cerebro. En uno de los cajones de su mesa de trabajo estaba escondido el medallón que era la pareja exacta del que Sybyla le enseñaba.

—De modo que Guduria...

—Sí, vino en viaje oficial a Kenitros y se enteró de nuestras dificultades —declaró Sybyla—. Tampoco ella, por su parte, se encuentra mucho mejor que nosotros.

—¿Qué le sucede? —preguntó.

—Su hijastro Ramshinor. Simplemente, quiere casarse con Guduria.

—Pero ella es casada...

—Enviudó hace cuatro años.

—Se casó con un hombre soltero...

Sybyla soltó Una risita.

—Ramshill, el padre de Ramshinor, bastante mayor que Guduria, todo hay que decirlo, tenía un hijo digamos secreto. Nadie lo supo hasta que se casó con Guduria, Por cierto, este matrimonio no ha dado frutos.

—Entonces, Ramshinor no puede aspirar al trono de Zhor-Kii.

—Por eso quiere casarse con Guduria.

—Creo que entiendo —murmuró Berry—. De modo que fue ella la que les recomendó...

—Sí, dijo que usted era el único. —Sybyla le miró con simpatía —. Guduria debió de amarle a usted mucho, ¿verdad? Incluso tengo la sensación de que ahora, al cabo de tantos años, usted la recuerda aún.

—Más de lo que se piensa —admitió Berry—. Pero tuvimos que separarnos. La razón de Estado se hallaba sobre nuestros sentimientos.

—Ella le amó infinitamente. De otro modo, no le habría conferido ciertos poderes… que muchos llaman mágicos.

—Dejemos eso, por favor —dijo Berry, sordamente—. Pasó hace ocho años y yo ando ya por los treinta y seis.

—Oiga, pues aparenta diez o doce menos —exclamó Sybyla—. En cuanto a Guduria, está guapísima, arrebatadora… Y aún es más joven que usted…

—Cállese, por favor.

Sybyla se puso seria.

—Siento haberle molestado—dijo.

—No se preocupe. Hacía ya muchos años que no tenía noticias de Guduria. No… no quería saber nada de ella.

—Temía que las noticias reavivaran el viejo rescoldo, ¿verdad?

Berry asintió.

—Sybyla, dentro de un par de días le daré mi respuesta —manifestó.

—Está bien. Pero tenga en cuenta una cosa: son unos enemigos terriblemente peligrosos. Y con una información fantástica. Los hombres que me atacaron no lo hicieron precisamente para robarme cuatro monedas.

—Un secuestro, ¿eh?

—Sí, pero ahora ya estaré prevenida. Si me permite, llamaré a mi acompañante. No debí haberlo dejado en el hotel, aunque me pareció mejor acudir sola a la entrevista.

Berry le indicó el videófono. Ella hizo una llamada.

Media hora más tarde, llamaron a la puerta. Berry fue presentado a una especie de gigante de dos metros veinticinco de altura, ciento cuarenta kilos de peso y unos brazos impresionantes.

—Este es Thrimón —dijo Sybyla, sonriendo encantadoramente —. Ah, me olvidaba de una cosa.

Con las dos manos, se quitó el medallón, que pendía de una cadenita de oro, y se lo entregó a Berry.

—Guduria me encargó que se lo diera —manifestó.

Berry se quedó solo. Sentado en un diván, dejó pasar el tiempo, rememorando la época feliz que había transcurrido en Zhor-Kii, otro de los planetas del Megasistema. Aquellos ocho años habían transcurrido como un soplo, se dijo.

Guduria y él habían debido separarse, obligados por la inexorable razón de Estado. Berry había comprendido bien a Guduria, se debía a los suyos..., pero luego, las cosas, por lo que se veía, no habían salido como se esperaba.

Llenó una copa y la vació de un trago. Luego pensó que el alcohol no resolvería sus problemas. Ya no tenía ganas de leer, así que encendió el televisor para distraerse.

Emitían un lote de anuncios. Uno de ellos se grabó de modo vago en su mente:

—Se necesitan hombres jóvenes, de edades comprendidas entre los dieciocho y cuarenta años, solteros, fuertes y sin defecto físico alguno. Objeto, colonización de planetas deshabitados. Buenos sueldos, excelentes incentivos. Retiro, con la paga completa, a los quince años de servicios. Los aspirantes deberán escribir al apartado 8.000, con sus huellas dactilares y fórmula molecular impresa en la solicitud. Recibirán su respuesta en menos de una semana...

Pero ni siquiera la televisión era capaz de sosegar su ánimo alterado. En vista de ello, Berry hizo lo que no hacía desde muchos años: tomarse una tableta de sedante.

Así pudo dormir toda la noche.

* * *

Si se decidía a aceptar la proposición de Sybyla, ¿qué equipo debería llevar a Kenitros? —se preguntó a la mañana siguiente, mientras se bañaba.

¿Debería ir también a Zhor-Kii?

Era extraño, había permanecido en Zhor-Kii algo más de un año y durante aquel tiempo no había oído siquiera el nombre de Kenitros. Claro que el apasionado romance que había vivido con

Guduria le había impedido preocuparse demasiado de la astronomía, al menos, en lo referente al Megasistema, Y si se tenía en cuenta que el Megasistema estaba compuesto por cientos de planetas habitados, mayor razón todavía para que el nombre de Kenitros le hubiera pasado totalmente desapercibido.

De pronto, oyó el leve tintineo del videófono.

—Contacto y volumen de voz para oír desde el baño —dijo.

Una voz femenina sonó en el acto.

—¡Thor! ¿Dónde estás? ¿Por qué no te dejas ver en imagen?

—Estoy en el baño, hermosa —sonrió Berry—. ¿Qué especie dé prodigioso acontecimiento ha sucedido hoy para que te hayas acordado de mi humilde persona, Myra Halman?

Ella rió argentinamente.

—Tengo que hablar contigo. A solas, por supuesto. ¿Qué te parecería una cena para dos, esta noche, a las siete?

—Pero, Myra, no sé si podré...

—Thor, conozco tu oficio. Apuesto algo a que estás interesado en él golpe de Estado de Ooiea.

Berry se puso rígido.

—¿Por qué has mencionado Ooiea? —preguntó.

—A las siete y media —volvió a reír la mujer.

Su voz se apagó. Berry dio orden al videófono para que se desconectase.

—¿De verdad tiene que decirme algo interesante? —murmuró.

Cuando salió del baño, no había llegado todavía a una conclusión. Lo único que sabía era que Myra Halman solía ser una mujer bien informada de diversos acontecimientos que ocurrían en las altas esferas políticas y que, por regla general, no trascendían al gran público. Myra era una mujer ya algo madura, pero aparentaba sin esfuerzo veinte años, merced a las drogas conservadoras de la vitalidad. Había enviudado tres años antes de un ex primer ministro y ya no había querido casarse de nuevo. Pero sus informes, por lo general, solían ser exactos, y Berry había recurrido a ella en más de una ocasión.

Iría a cenar con Myra, decidió finalmente.

Como avanzadilla de su presencia física, envió un colosal ramo de rosas rojas. A las siete y media en punto, Myra, radiante de belleza, con un vestido de una osadía indescriptible, le recibió con la mejor de sus sonrisas.

—Entra, querido —dijo, después de aceptar un beso en la tersa mejilla.

Berry le ofreció el brazo. Cruzaron el elegante vestíbulo y llegaron a una espaciosa sala en la que, de súbito, aparecieron tres individuos.

Dos de ellos estaban armados con sendas pistolas neurónicas. El tercero, de mediana edad, rostro inteligente y sonrisa sardónica, aparecía con las manos vacías.

—Bienvenido, señor Berry —dijo el sujeto—. Señora Halman, mil gracias por su colaboración.

Myra dirigió al joven una mirada desesperada:

—Me obligaron —dijo.

—¿Puedo creerte, Myra? —preguntó Berry, pensativamente.

—Créame —dijo el hombre—. Si ella no hubiera aceptado, habría ido a parar a una cámara aceleradora del tiempo. En lugar de cuarenta y un años...

—¡Tengo treinta y siete! —protestó Myra, furiosa.

El desconocido se inclinó.

—Como guste, señora. Berry, si ella se hubiera negado, ahora tendría ciento veinte años físicos —dijo.

—Comprendo. No te preocupes, nena —dijo él, palmeando suavemente la mano de la mujer—. Pero todavía no conozco su nombre...

—Lettoise, Roger Lettoise —se presentó el desconocido—. No queremos hacerle ningún daño, amigo Berry, es decir, a menos que usted se resista. Pero le sabemos lo suficientemente inteligente como para no correr el grave peligro de morir con el sistema nervioso desintegrado. Por cierto —Lettoise se puso una mano en la barbilla y la otra en la cadera—, si piensa emplear sus facultades polimórficas,

olvídese de ello. Ya nos hemos cuidado de anularlas nosotros desde el momento en que penetró en la sala. Mire hacia arriba, por favor.

Berry alzó los ojos. Suspendida del techo, había una especie de semiesfera, hecha de una red finísima de hilos metálicos, cuyo centro venía a coincidir aproximadamente con la vertical que caía sobre la cabeza del joven.

—Un interferidor de emisiones hipermentales —dijo.

—Justamente —corroboró Lettoise.

* * *

—Estamos bien informados sobre sus actividades y la fama que ha logrado con ellas. Asimismo sabemos la visita que recibió anoche de cierta hermosa dama y nos suponemos los motivos —continuó Lettoise, tras una leve pausa—. Pero también sabemos otra cosa, muchísimo más interesante, relacionada con su estancia en Zhor-Kii hace ocho años.

Berry guardó silencio. Lettoise miró un instante a la dueña de la casa y luego volvió a encararse con el joven.

—Hace ocho años, Guduria le hizo partícipe, por decirlo así, de su extraordinaria potencia mental. Escatimando las palabras, diré que le confirió la facultad de actuar como un ser polimórfico en el momento en que lo deseara. Fue como una especie de… recompensa por algo que hizo usted en su favor, una condecoración invisible, pero mucho más agradable que las corrientes. De no haber sido por el interferidor, usted, al vernos, se habría convertido en humo…, o en un tigre…, o en cualquier otra cosa, incluyendo un duplicado de la bella mujer que tiene al lado.

Myra se separó de Berry como si, de repente, hubiera descubierto que estaba junto a un demonio.

—Tú… un polimórfico… —dijo, con acento que implicaba terror y desprecio al mismo tiempo.

—Así es —confirmó Berry, sonriendo tranquilamente.

—Nunca me hubiera figurado que…

—Hemos estado juntos algunas veces, pero siempre demostré

que tenías al lado a un hombre —dijo el joven, con cáustico acento.

Myra enrojeció vivamente. Lettoise alzó una mano.

—Por favor, déjense de discusiones intrascendentes —rogó educadamente—. Berry, lo interesante en estos momentos es que va a venir con nosotros. No pretendemos hacerle daño, se lo garantizo. Lo único que queremos es extirpar de usted la facultad del polimorfismo. Una vez que lo hayamos conseguido, le dejaremos libre, aunque eso sí, convertido en un ser humano como otro cualquiera.

—La lobotomía no sirve en este caso —advirtió Berry.

—Lo sabemos perfectamente; por eso emplearemos otro procedimiento. Y ahora, cuando guste…

De repente, se oyó un terrible estrépito.

Todos los cristales de un ventanal saltaron atronadoramente. Algo penetró en la sala con furia indescriptible.

Lettoise y sus secuaces se volvieron. El recién llegado cargó contra los hombres armados.

Una pistola voló por los aires, junto con la mano que la sostenía, arrancada de un espantoso puntapié. El esbirro lanzó un horripilante alarido, que cesó bruscamente cuando un puño de dimensiones enormes le hundió el cráneo de un solo golpe.

El otro sicario, aterrado, no se atrevía a reaccionar. Cuando quiso hacerlo, se encontró volando por los aires.

Su vuelo alcanzó a más de cuarenta metros. Todavía hubiera llegado más lejos, de no haber sido por el grueso tronco de un árbol, que cortó su carrera mortalmente.

Myra estaba medio desmayada de terror. Berry, por su parte, se sentía atónito por la inesperada presencia de Thrimón, el fiel sirviente de Sybyla.

La juvenil voz de Sybyla se dejó oír de repente en la ventana:

—¡Hola! Parece que hemos llegado a tiempo, ¿eh?

Berry miró a derecha e izquierda. Asombrado, comprobó que Lettoise, aprovechando la confusión, había logrado escapar.

—Sybyla, ¿cómo diablos…? —preguntó.

Ella se sentó desenvueltamente en el antepecho de la ventana.

—Para ser un detective con patente interestelar, se porta usted harto descuidadamente —dijo—. Usted puede ser la solución para Kenitros y a nosotros no nos conviene que le pase nada. Simplemente, le vigilamos y le seguimos hasta aquí. Habrá podido comprobar la fuerza de Thrimón, ¿verdad?

Berry miró al gigantesco individuo. Thrimón sonrió.

—Me alegro de haberle ayudado, señor —dijo.

—Gracias, Thrimón. Realmente, me has sacado de un grave apuro. —De pronto recordó algo y se volvió hacia Myra—. ¿Conocías a Lettoise?

Myra, palidísima, negó con la cabeza.

—No... Nunca le había visto... hasta esta mañana, en que me ordenó llamarte... Me obligó también a despedir a los criados...

Berry asintió con la cabeza. Sybyla agitó la mano.

—Bueno, ahí les dejamos, para que disfruten de su cena a solas —se despidió.

La muchacha y Thrimón desaparecieron. Berry, después de unos instantes, fue al interior de la casa, buscó una manta y cubrió con ella el mutilado cadáver del esbirro, sobre cuyo cuerpo colocó la mano que Thrimón había arrancado con aquel terrible puntapié.

—Llamaré a un amigo que tengo en la policía —dijo después —. Él se ocupará de los muertos.

Myra estaba vuelta de espaldas, apoyada en la barra que había en un ángulo de la sala. Había llenado una copa y bebía su, contenido a grandes tragos.

Berry se le acercó momentos después y le quitó la copa.

—No te emborraches —aconsejó.

Ella le miró con ojos lacrimosos.

—Thor, lo que dije antes... No sé qué me lo inspiró... Debía de estar loca cuando pronuncié aquellas palabras...

—Sí, ya sé que mucha gente desprecia a los polimórficos. Nos consideran como una especie de monstruos, Myra.

—Pero tú no lo eres, Thor. ¿De veras eres capaz de cambiar tu aspecto a voluntad?

Berry sonrió para sí. Myra se merecía un pequeño castigo, no por haberle atraído a la trampa, cosa de la que sabía era inocente, sino por el desprecio que había mostrado al saberle poseedor de la facultad del polimorfismo.

De repente, Myra se encontró ante un caballero alto, delgado, de pómulos salientes, ojos de fuego y cabello negro, muy bien peinado, incluso engominado. El hombre vestía frac y se cubría con una capa negra, con forro de raso rojo.

Aquel caballero abrió de pronto la boca. Myra vio asomar dos espantables colmillos.

—¡Soy el conde Drácula y te voy a sorber la sangre! —gritó el caballero.

Fue demasiado para Myra. Simplemente, se desmayó.

Berry soltó una alegre carcajada, a la vez que recobraba su apariencia normal.

—Te lo merecías —dijo, en el momento de echar a andar hacia la sala, libre ya del influjo del interferidor hipermental.

* * *

Sentado delante del cuadro de mandos de su despacho, Berry, a la mañana siguiente, hizo una consulta a su archivo electrónico.

La pantalla, a los pocos momentos, indicó una respuesta escrita: «LETTOISE, ROGER. Sin antecedentes.»

Berry frunció el ceño. ¿Era Lettoise un seudónimo?, se preguntó.

Decidió ensayar algunas combinaciones del nombre. Después de varias pruebas, encontró una respuesta medianamente aceptable: «LETTOISEUL, GEORGES. Ingeniero micrónico. Doctor por las Universidades de Grotinga, Oxford Second, “Beta Boloniae” y Tertius Madrid. Hiperdoctor, “magna cum laude”, por Nueva Sorbona. Se le atribuye comúnmente la invención del término “micronía”. Propuesto últimamente para el Premio Nobel de Hiperfísica...»

—Todo un tío, vamos —comentó Berry.

Y, en voz alta, ordenó a la computadora:

—Informes sobre antecedentes familiares doctor Georges Lettoiseul, incluyendo abuelos paternos y maternos.

La máquina respondió:

—Consulta entendida.

Berry cruzó los brazos sobre el pecho. Sabía que la máquina investigaría en sus delicados circuitos. Si no encontraba los datos solicitados, ella misma haría la consulta a un centro de archivo de datos, con el que estaba conectada de modo unilateral. Ello quería decir que la computadora de Berry podía pedir datos a una central, pero desde ésta, a menos que el joven diese su permiso, nadie solicitaría datos a su ordenador, que era considerado como archivo privado.

La respuesta apareció treinta segundos más tarde en la pantalla. Después de dar los datos relativos a los abuelos de Lettoiseul, la pantalla informó sobre sus padres:

—André y Martine Lettoiseul, casados en 13 marzo 2277. Dos hijos, Georges, nacido el 8-8-80, y Roger, nacido el 10-11-89.

Berry casi gritó de alegría. Por fin había encontrado una pista sobre Lettoise, de quien ahora estaba seguro había suprimido las dos últimas letras de su apellido, tanto por más fácil pronunciación, como por tener un seudónimo fácil de recordar y no relacionable con el hiperdoctor Lettoiseul.

La diferencia de edad entre ambos hermanos era un tanto notable. Ninguno de los dos podía considerarse ya como un jovenzuelo. El hiperdoctor rozaba ya la cincuentena, en tanto que Roger, en 2330 acababa de rebasar los cuarenta.

De nuevo hizo una consulta a la máquina:

—Domicilio actual hiperdoctor Georges Lettoiseul.

La respuesta tardó quince segundos y, casi, casi, no extrañó en absoluto a Berry:

—Paradero desconocido desde el cuatro de mayo de dos mil trescientos veintiuno.

En aquel momento, llamaron a la puerta.

Berry se levantó para abrir. Creía que sería Sybyla, pero su visitante resultó una mujer llamada María Mac Iver.

CAPÍTULO III

Berry tenía en su departamento toda clase de aparatos que resolvían los mil menudos problemas de su cotidiana existencia. Sin embargo, a veces se echaba en falta la mano de una mujer. La señora Mac Iver solía ir una vez por semana y repasaba todo lo necesario en el piso, incluida la ropa y, por supuesto, las existencias de la dispensadora de alimentos. Pero aquel día no era el que María solía acudir a su trabajo.

—Me extraña verla hoy, María —declaró Berry.

—Ya lo sé, señor Berry —contestó la mujer—. Pero es que tenía que decirle algo y, aunque quería esperar al día en que me corresponde hacer la limpieza general, francamente, la impaciencia no me ha permitido esperar tanto.

—¿Le ocurre algo malo? —preguntó el joven—. Siéntese, traeré café...

—No, no se moleste. Quiero entretenerle lo menos posible..., pero es que me sucede algo extraño. Se trata de Ben, mi hijo. Usted no lo conoce, por supuesto.

—He visto algunas fotografías que usted me ha enseñado en ocasiones. Me ha parecido un muchacho muy vivo y despierto.

—Sí, pero también bastante alocado. ¿Sabe? Hace cosa de dos años, pidió ser admitido como colonizador... Usted habrá visto a veces anuncios donde se piden hombres jóvenes y fuertes...

—Sí, en efecto. Pero siga, siga, María, no se interrumpa.

—Bien, el caso es que lo admitieron y se marchó. Según su contrato, iba a Kerwan-11, pero hace dos días me envió una postal. ¿Por qué, si se iba a trabajar de colono, es ahora teniente en un Regimiento de Avanzada?

—¿Cómo? —exclamó Berry, estupefacto.

—Sí, señor —dijo María, a la vez que abría su bolso, para extraer una tarjeta postal, que entregó a su interlocutor—. Mire, me felicita por mi cumpleaños y dice que espera pronto un permiso para

venir a abrazarme.

Berry tomó la tarjeta postal. Debajo de las frases de felicitación, leyó la dirección del remitente:

—Mac Iver, Ben, número 048-1-259, VI División Estelar, 2.a Brigada, 4.° Regimiento de Avanzada. Teniente comandante 9.° Grupo Infiltradores.

Después de leer la dirección de Ben, Berry miró a la mujer.

—¡Qué extraño! ¿Cómo ha podido alistarse en un ejército del que no se tiene noticia en la Tierra?

—Es el ejército de Miclado-W, señor. Y él se fue a Kerwan-11 —exclamó la mujer, llena de congoja.

Berry respingó. Miclado-W era el planeta en que se había realizado un golpe de Estado, inmediatamente antes que Ooiea y bajo las mismas características que éste.

De pronto, observó un detalle:

—La tarjeta no lleva sello postal. ¿Cómo la ha recibido usted?

—Oh, me la entregó un amigo de mi hijo, llamado Ramón Rómulo. Vino de permiso a la Tierra y...

—¿Sabe dónde vive ese Rómulo, María?

—Por supuesto, señor Berry.

El joven anotó las señas de Rómulo. Luego sonrió:

—Está bien, quédese tranquila, María. Yo hablaré con Rómulo. Luego la llamaré a usted.

—Muchas gracias. Sabía que no me defraudaría...

María se marchó. Al salir, se cruzó con Sybyla.

—Hola —dijo la muchacha—. Estoy sin noticias. ¿Puede darme algunas?

—Sí, entre —contestó él—. Tengo noticias, en efecto. Y, mientras preparo dos tazas de café, vaya enterándose del contenido de esa tarjeta.

La postal cambió de manos y Berry se fue a la cocina.

* * *

—Es extraño —comentó Sybyla, minutos más tarde—. ¿De dónde ha salido este Cuarto Regimiento de Avanzada?

—Eso es lo que a mí me gustaría saber —respondió él—. Pero también me gustaría saber qué pinta el hiperdoctor Lettoiseul en todo este asunto.

—¿Lettoiseul? ¿Quién es? Nunca he oído su nombre…

—Entre otros títulos, todos ellos cargados de prestigio científico; es el inventor del nombre «micronía», y de lo que ha venido después, naturalmente.

—Por favor, Thor, explíqueme qué es eso de micronía.

—Verá —dijo él—, hace muchísimos años ya que se conocía la miniaturización de los circuitos transistorizados. Ello fue lo que permitió, ya a finales del siglo XX, la construcción de computadores y ordenadores altamente perfeccionados. Pero, aun así, algunos de los circuitos resultaban, pese a su tamaño diminuto, exageradamente grandes. Lettoiseul descubrió el procedimiento de fabricar circuitos tan pequeños como… ¿Sabe cuál es la proporción de glóbulos rojos por milímetro cúbico de sangre?

Sybyla se asombró de la pregunta.

—¿Qué tiene eso que ver con la micronía? —exclamó.

—Lo sabrá en seguida. La proporción media de glóbulos rojos por milímetro cúbico de sangre es de cuatro millones y medio a cinco. En el cuerpo humano hay capilares tan diminutos, tan angostos, que un glóbulo rojo tiene que circular por su interior arrastrándose, estrechándose, como usted haría si tuviera que pasar por un tubo demasiado estrecho. Le explico todo esto para que tenga un punto de referencia, ¿comprende?

—Sí, perfectamente. Pero continúe; su explicación resulta fascinadora.

Berry sonrió.

—No tiene nada de particular —dijo—. Lo que sí la tiene es el hecho de que el hiperdoctor Lettoiseul haya conseguido fabricar

circuitos transistorizados tan diminutos, que cien de ellos podrían ocupar el espacio de un milímetro cúbico. No es la proporción de los glóbulos rojos, pero, teniendo en cuenta que se trata de algo artificial, salido de la mano del hombre, resulta altamente positivo. Por ello denominó micronía a la ciencia que trata de los circuitos micrónicos..., y no olvidemos que en la etimología de esa palabra figura el prefijo griego «micra», que significa milésima parte de una cosa.

—Ya entiendo. Así pues, Lettoiseul...

—Está en paradero desconocido y, de algún modo, relacionado con su hermano.

Sybyla frunció el ceño.

—¿Cree que los dos hermanos tienen algo que ver con nuestro problema?

—Por lo menos, Roger. Pero ¿por qué un científico .de renombre mundial, de reputación indiscutible, ha tenido que esconderse?

—Podríamos averiguarlo, ¿no le parece?

—Lo intentaremos. Antes, sin embargo, haremos una visita a Ramón Rómulo. Se lo he prometido a la madre de Ben..., y puede que esta visita nos facilite algunos datos interesantes.

—¿Cuándo vamos a ir? —preguntó la muchacha.

Berry se puso en pie.

—Ahora mismo —contestó.

El gravimóvil de Berry se elevó minutos después de la terraza del edificio. Berry seleccionó el canal adecuado y dejó que el piloto automático hiciera el resto.

Un cuarto de hora más tarde, el aparato se posó en la terraza de otro gigantesco edificio. Berry y Sybyla tomaron un ascensor, que les llevó a la planta ochenta y dos, cuarenta y cinco más abajo de la terraza.

Recorrieron el pasillo. Berry se detuvo ante una puerta, a la que tocó con los nudillos.

Nadie le contestó. Volvió a llamar y nuevamente recibió el silencio como respuesta.

—Habrá salido —apuntó Sybyla.

Berry dudó un momento. De pronto alargó la mano y movió el pomo.

La puerta giró sin resistencia. Un leve olor a quemado hirió de inmediato su pituitaria.

—A Rómulo le gustan los filetes pasados —comentó Sybyla jocosamente.

Pero Berry no tenía ganas de sonreír. Levantó su brazo izquierdo, lo remangó un poco y consultó las indicaciones de su reloj-detector.

—Aquí se ha producido una descarga de alta energía hace menos de quince minutos —dijo—. El sistema de ventilación está parado; por eso no ha renovado totalmente la atmósfera, para limpiar el humo en que se ha convertido Rómulo después de esa descarga.

Sybyla se puso una mano en la boca.

—Tengo náuseas... —gimió.

—Vamos, salgamos —dijo él—. Ya no podemos hacer nada por ese desdichado, cuya única falta fue traer una postal de felicitación a una madre que hacía dos años no sabía nada de su hijo.

* * *

Sybyla tomó su taza de café en un local cercano a la residencia de Rómulo. Los colores empezaron a volver a su cara.

—Entonces, de colonizadores, pasan a soldados...

—Mercenarios, no cabe la menor duda —dijo Berry sombríamente.

—Se alistan millares de jóvenes para colonizar los planetas. ¿Cómo los transforman después en soldados?

—Eso es lo que me gustaría saber. —De pronto, Berry recordó el anuncio emitido en la televisión—. Y hay una forma de averiguarlo —añadió.

—A ver, explíquese —pidió ella.

—Simplemente, escribiré al apartado 8.000, bajo un nombre falso. Entonces podremos saber cómo los jóvenes que se alistan para colonizar planetas deshabitados son convertidos en soldados disciplinados, duros y perfectamente entrenados.

—Thor, creo que eso, en cierto modo, resultará facilísimo —dijo la muchacha—. Pero ¿cómo los transportan hasta el planeta que deben atacar? ¿Se da cuenta de que, en los cuatro casos, han empleado el equivalente de veinte divisiones? Las astronaves más grandes pueden contener, en ocasiones, cuatro o cinco mil pasajeros. Por tanto, en el mejor de los casos, se necesitarían cincuenta astronaves... ¡y en ninguna de esas invasiones, palabra más exacta que golpe de Estado, se han visto jamás tantas astronaves! Una sola habría sido detectada y advertida inexcusablemente, cuanto más cincuenta, que es la cifra mínima que los invasores deberían haber empleado para la realización de sus planes.

—Sin contar con el apoyo logístico, esto es, las naves de transporte de pertrechos de todas clases —dijo Berry.

—Exactamente.

Berry se frotó la mandíbula.

—Quizá emplean algún procedimiento antidetección, que resulta, además de infalible, desconocido hasta la fecha. Pero no hay otro remedio que escribir al Apartado de Correos número ocho mil.

—¿Hoy? —preguntó Sybyla.

—En cuanto llegue a mi casa.

—Empleará un seudónimo, supongo.

—Es lógico —sonrió él.

Sybyla puso cara seria.

—Thor, ¿por qué habrán matado al pobre Rómulo? —murmuró.

—Resulta evidente que la vida de Rómulo resultaba comprometedora para alguien. Recordemos que trajo una postal que, probablemente, no había pasado por la censura de su ejército y que no había necesitado franqueo postal. Es decir, era un mensaje de contrabando. Tal vez en ese ejército tienen determinadas reglas y

Rómulo las quebrantó al traer la postal a María Mac Iver.

Berry regresó a su casa. Inmediatamente, escribió la carta, bajo un nombre supuesto.

La respuesta llegó cuatro días más tarde:

—Solicitud rechazada. Agradecemos su oferta, pero lamentamos infinito no poder aceptarla, ya que el cupo de colonos ha quedado cubierto.

La carta no tenía otra dirección que la del apartado postal. Berry sabía que era inútil indagar sobre aquella pista. Todas las cartas que llegaban a aquel apartado eran remitidas automáticamente a su destinatario. Y puesto que la recluta de colonos era algo perfectamente lícito, no cabía recurrir a un juez para que hiciese declarar al titular del apartado su dirección exacta.

Pero, al mismo tiempo, la respuesta le dijo algo que le pareció fuera de toda duda: habían captado su personalidad y no querían que sus investigaciones pudieran poner en peligro el fabuloso negocio que debía de ser el alquiler de un ejército de mercenarios, para apoyar un golpe de Estado que, sin duda, reportaba fantásticos beneficios al que lo daba.

Entonces, de modo inesperado, recibió una carta, en la que había una sola palabra:

«Ven.»

* * *

El papel en que había sido escrita la brevísima misiva conservaba todavía un delicado perfume que Berry no había podido olvidar al cabo de los años. No obstante, precavido, observó que el sello no había sido emitido en los talleres estatales de Zhor-Kii.

La carta había sido depositada en un buzón cualquiera de Tethmos, un planeta situado a dos meses luz de Thor-Kii. Era evidente que Guduria estaba estrechamente vigilada.

¿Por Ramshinor, el hijastro inesperado que quena convertirse en rey consorte de Zhor-Kii?

Con el papel en las manos, cerró los ojos un instante evocando

el amargo momento de la despedida. Guduria había hablado de su deber y él había comprendido que Guduria, precisamente como persona de más elevado rango de su planeta, era quien primeramente debía hacer acatamiento de las leyes. Pero antes de partir había hecho su último ofrecimiento:

—Si un día me necesitas, bastará una sola palabra tuya para que yo vuele en tu ayuda.

Guduria le había despedido con lágrimas en los ojos. Entonces, Berry se dio cuenta de que ella pensaba que jamás volvería a verle, pero ahora, de repente, ocho años más tarde, le necesitaba.

Era precavido, no obstante. La carta de Guduria podía ser una trampa. Sybyla le había hablado de la astucia y falta de escrúpulos de Ramshinor. Si éste le conducía a una encerrona y lo eliminaba, su acceso al trono estaba asegurado.

Con la carta en la mano, se fue al cuarto de trabajo. E1 papel quedó debajo del objetivo de un potente microscopio.

Después de la palabra «ven» había un punto diminuto. Su diámetro era escasamente de tres décimas de milímetro, pero el microscopio lo hizo cinco mil veces más grande.

Berry sonrió complacido. La misiva era auténtica. Conocía bien la firma de Guduria. Además, era él quien le había sugerido aquella contraseña. Junto al nombre de Guduria y su apellido aparecía una exacta reproducción del medallón que ella le había entregado ocho años antes y cuyo segundo ejemplar había traído Sybyla.

En el mensaje microscópico, sin embargo, no había, datos sobre los problemas de Guduria. Berry se imaginó que ella no había querido correr riesgos innecesarios. Guduria sabía que, una vez identificase el mensaje como auténtico, él correría en su ayuda.

Sybyla llegó en aquellos momentos.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó.

—Parto hacia Zhor-Kii. Guduria me llama —contestó Berry.

Ella se quedó estupefacta.

—¿Qué pasa? —exclamó.

—El peligro es inminente, no sé más. Pero no puedo perder tiempo —respondió él—. Sybyla, usted se quedará aquí. Tiene que

intentar conseguir más datos sobre las divisiones de mercenarios. Sobre todo, el lugar donde Lettoiseul se esconde actualmente. ¿Ha comprendido?

—Sí, haré lo que pueda…

Berry se sentó ante una mesa.

—Le abriré una cuenta corriente…

—No se moleste; yo he venido bien provista de fondos.

—Mucho mejor —sonrió él—. Sybyla, volveré lo más pronto posible —aseguró.

Ella sonrió melancólicamente.

—Continúa enamorado de Guduria —dijo.

—Sí —admitió él.

—La envidio —dijo Sybyla francamente. Pero antes de que pudiera decir más, sonó el videófono.

Berry dio el contacto. Un rostro conocido apareció en el acto en la pantalla.

—¡Hola, sabueso! —exclamó el hombre—. Tengo noticias para ti… Pero, por los diez mil diablos del Remolino de Hu-Tsin, ¿quién es esa beldad que te acompaña? ¿Acaso tienes permiso especial para contratar ángeles como acompañantes de tus ratos de ocio?

Berry se echó a reír.

—Aunque lo parece, no es un ángel, sino una encantadora muchacha, llamada Sybyla Ur-Urrid —contestó. Se volvió hacia la joven, cuya imagen era captada por si objetivo de la cámara, y añadió —: Este es mi amigo, Kid Diller, un mago de la teleelectrónica.

—Hola, Kid —dijo Sybyla desenvueltamente.

—Preciosa, ¿estás soltera? —preguntó Diller.

—No le haga caso, Sybyla, es un «rompecorazones» —exclamó Berry, riendo—. Vamos, Kid, habla de una vez; luego, si lo prefieres, te dejaré la línea abierta para que charles con ella todo lo que quieras.

—Bueno, en realidad no se trata de gran cosa. El aparato que me encargaste… ¿Recuerdas?

—Sí, Kid. ¿Cómo va la cosa?

—Bien, mucho mejor de lo que yo pensaba. Es más si mis cálculos no son errados, podré enviarte un ejemplar dentro de dos o tres semanas. Ya he hecho algunas pruebas, pero quiero estar seguro de que funciona tal como lo pediste y yo lo proyecté.

—Estupendo, Kid. Eres un buen muchacho y, como recompensa, te dejaré hablando con Sybyla. Es guapa me parece —dijo Berry.

Diller puso los ojos en blanco.

—¡Arrebatadora! —dijo, casi en éxtasis.

Sybyla se puso frente al videófono. Berry le tocó ut hombro.

—No te olvides de mí encargo —murmuró.

—Vete tranquilo —contestó ella, sin mirarle—. Kid cuando quiera —invitó.

—Ángel mío —suspiró Diller.

Berry se echó a reír y salió de la estancia.

CAPÍTULO IV

Desde la oscuridad, Berry contempló la altísima terraza, parcialmente iluminada que correspondía al ala del palacio donde residía Guduria. Ella le había llamado y allí estaba, después de un viaje ultrasecreto, cuyo conocimiento, estaba seguro, no pertenecía sino a unas pocas personas y todas ellas de absoluta confianza.

Los soldados se paseaban rítmicamente por el perímetro de vigilancia. Berry, sin embargo, sabía cómo eludir la guardia.

Empezó a concentrar su mente para transformarse en un pájaro que le permitiese llegar hasta la terraza. De repente, sintió un choque fortísimo en el cerebro y cayó de espaldas, sin aliento, jadeante. En la cabeza tenía la sensación de que una barra de hierro al rojo vivo le había traspasado los sesos de parte a parte.

Durante bastantes minutos, permaneció tumbado de espaldas en el suelo, incapaz de reaccionar. Al cabo de un buen rato, se puso en pie. Presentía que lo que le labia sucedido tenía mucho que ver con sus facúltales polimórficas.

Dejó pasar treinta minutos y nuevamente realizó la intentona. Esta vez perdió el conocimiento, después de un brevísimo instante de dolor indescriptible.

Cuando despertó, consultó su reloj. Había tomado la hora en el momento de iniciar la prueba de cambio le forma. En total, había permanecido casi dos horas sin sentido.

Dejó esperar unos minutos más. Ahora ya sabía que había una misteriosa causa que le impedía aprovecharse de sus facultades polimórficas. Tendría que llegar hasta Guduria por medios enteramente propios.

Los centinelas continuaban paseándose regularmente. Berry empezó a reptar por el suelo. Alcanzó unos arbustos y aguardó a que el soldado más cercano pasase junto a él. Entonces saltó a su cuello y lo dejó sin sentido de un fuerte puñetazo detrás de la oreja.

El cuerpo del soldado fue a parar debajo de los arbustos. Los puestos de vigilancia más próximos estaban a unos sesenta o setenta metros. Berry corrió levemente agachado y alcanzó la base del muro.

Estaba cubierto por una tupida red de plantas trepadoras, con troncos y ramas muy gruesos en algunos juntos. Berry se metió en el interior de la masa vegetal, a fin de no ser visto, y comenzó la ascensión sin pérdida de tiempo.

Minutos después, alcanzaba el borde de la terraza, le asomó cautelosamente. A veinte metros de distancia, divisó una enorme pared de vidrio. Las cortinas el otro lado estaban parcialmente corridas.

Atravesó la terraza y descorrió ligeramente una de las mamparas, encontrándose en un vasto salón, desierto en aquellos momentos. Dejó la mampara como la había encontrado y corrió las cortinas por completo El tejido era lo suficientemente grueso como para impedir la visión de lo que sucedía en la estancia.

La hora era ya muy avanzada. Berry avanzó paso a paso hacia una puerta de bruñido metal, en cuyas hojas aparecía grabado el anagrama de Guduria. Abrió poco a poco y pasó al espacioso dormitorio.

Con la sonrisa en los labios, contempló la negra cabellera de la hermosa mujer, que dormía apaciblemente, con un mórbido brazo fuera del embozo. Uno de los rasgos más atractivos de Guduria era su pelo cuando lo llevaba suelto, rebasaba ampliamente la cintura.

El pecho de la hermosa durmiente se dilató de pronto. Un suspiro brotó de sus labios, seguido a continuación de unas frases pronunciadas en la inconsciencia del sueño:

—Thor, Thor…, ¿cuándo vas a venir?

—Estoy aquí, mi reina —dijo él.

La voz de Berry llegó hasta el dormido cerebro de Guduria. Ella, sin embargo, tardó todavía algunos segundos en despertar. Al fin abrió los ojos. Berry, temiendo un grito espontáneo, pero también comprometedor, puso una mano en sus labios.

—Te aguardo en el salón —sonrió.

Los bellos ojos de Guduria, de pupilas verdes con esmeraldas, emitieron un vivísimo chispazo de alegría Berry dio media vuelta y abandonó el dormitorio.

Guduria salió minutos después, con el esbelto cuerpo envuelto en una larga bata. Berry se arrodilló, tomo su mano y la besó reverenciosamente.

—La única vida que tengo es de mi reina —dijo.

Había lágrimas de alegría en los ojos de la joven.

—Thor, levántate. No vuelvas a arrodillarte jamás delante de mí —contestó—. Yo ya no soy tu reina, sino una mujer enamorada.

Berry se puso en pie. Durante unos segundos, contempló a Guduria.

Habían transcurrido ocho años desde la última vez que se vieran. El tiempo no sólo no había menguado un ápice la belleza de Guduria, sino que la había aumentado, si ello hubiera sido posible. Berry sabía que Guduria continuaría con su actual apariencia durante treinta años o más, antes de que se iniciase el primer cambio señalador del paso del tiempo. Y a los ochenta y cinco o noventa años, tendría aún el aspecto que tenían las mujeres de cuarenta en el siglo XX.

Ella le miraba también. De repente, un impulso incontenible les hizo lanzarse el uno hacia el otro. Abrazados con frenesí, sus bocas se confundieron en un beso en el que estallaba la pasión contenida durante largos años.

* * *

Guduria llenó una copa y se la ofreció a su visitante. Ya le había dado detalles sobre la situación en Zhor-Kii, pero Berry quería conocer más pormenores sobre el caso.

—Ramshill murió hace cuatro años. Tú sabes bien que fue un matrimonio impuesto por la razón de Estado. Él tenía treinta años más que yo y lo que entonces creía yo que era mi deber, me impulsó a aceptar ese enlace. Demasiado lo he lamentado después.

—Ahora estás libre —dijo él—. ¿Cómo murió? Porque, según mis cálculos, era un hombre de unos cincuenta y cinco años y todavía podía haber vivido mucho más del doble.

—Murió en un accidente. Siempre he sospechado que fue Ramshinor, su propio hijo, el que provocó ese accidente. ¿No te imaginas lo horrible que es saber que un hijo es el asesino de su propio padre?

—La Historia de la Tierra está llena de casos semejantes —contestó Berry, filosóficamente—. Ramshinor no es el primer príncipe heredero que mata al rey para ocupar su puesto, aunque, claro está, todavía no se ha casado contigo para poder llamarse rey consorte.

—Ni aceptaré jamás ese matrimonio —declaró Guduria con energía—. Es decir, contando con tu ayuda. Si tú no estuvieras, tendría que ceder.

—¿Por qué? —se extrañó Berry.

—Ramshinor es tan canalla, que ha amenazado con destruir Zhor-Kii si yo no accedo a convertirme en su esposa. De momento y para forzar mi voluntad, ha sustituido ya a todos mis guardias, colocando a otros que son de su absoluta confianza. No puedo dar un paso sin que Ramshinor esté enterado de ello.

—Sin embargo, conseguiste enviarme una carta —dijo él.

—Es cierto. La situación no se había agravado tanto y, aun así, tuve que recurrir a un antiguo amigo, mercader, que había venido a visitarme, como suele hacerlo una vez por año. Trae joyas, tejidos, perfumes… y confío plenamente en él. Por su parte, el mercader está descontento con Ramshinor; le ha doblado los impuestos.

Berry se echó a reír.

—Es la forma más rápida y fácil de hacerse impopular —comentó—. De modo que el mercader echó la carta al correo…

—Sí. Ya sé que Sybyla Ur-Urrid había ido a visitarte en mi nombre, pero lo que les puede pasar a ellos no será, en todo caso, tan pronto como lo que puede suceder en Zhor-Kii.

—¿Acaso piensa dar un golpe de Estado, como ha sucedido ya en cuatro planetas del Megasistema?

—Tengo la vaga sensación de que lo intentó, pero ocurrió algo que hizo fracasar sus planes. Verás, hace tiempo ya que mis ministros ordenaron una absoluta vigilancia en el astropuerto, sobre todo para los viajeros procedentes de otros planetas, pero muy en especial, de la Tierra. Hubo uno de los viajeros que se negó a dejar examinar su equipaje. Ese hombre y los agentes se trabaron de palabras y, al fin, el sujeto, exasperado, sacó una pistola. Naturalmente, los agentes se defendieron y lo mataron. Uno de los disparos alcanzó de lleno al maletín de mano que portaba ese individuo y lo deshizo en humo. Ramshinor se volvió loco al oír la noticia.

El pecho de la joven se dilató profundamente.

—Es la primera vez que un hombre me abofetea —añadió.

—Un día le daré su merecido —aseguró Berry—. De modo que tú crees que el viajero estaba relacionado con el proyecto de golpe de Estado.

—Estoy segura de ello, querido. Se sabe que ese hombre había dicho que venía a visitar a Ramshinor. Por otra parte, mis informes privados señalan sus fondos privados a un Banco de la Tierra, bajo una cuenta cifrada. No conocemos el titular de esa cuenta, pero sí hemos llegado a saber que el monto de la transferencia ascienda a diez megasolares.

Berry se sentó en una silla, pasmado por la enormidad de la cifra.

—¡Diez megasolares! —exclamó—. Cada solar equivale a mil unidades de moneda terrestre…, y un megasolar es un millón…

—Lo cual significa que, para financiar su golpe de Estado, Ramshinor tuvo que pagar diez mil millones de UMT.

—Unidades de Moneda Terrestre, en efecto —dijo el joven—. Pero ¿de dónde puede sacar Ramshinor tanto dinero?

—La fortuna personal de su padre, todo hay que decirlo, era muy elevada. Por otra parte, sé que hizo especulaciones de acuerdo con un anterior ministro de Finanzas, que fue destituido… Pero, francamente, no comprendo para qué arriesgar tanto dinero.

Berry sonrió.

—Guduria, si se hiciera un cálculo del valor de Zhor-Kii, con propiedades, edificios, máquinas, fábricas, aparatos de transporte, riquezas del subsuelo… y todo eso pudiera pertenecer a una sola persona, ¿en cuánto evaluarías la fortuna de esa persona?

—Es incalculable… Billones de megasolares…

—Ahí tienes la respuesta. Ramshinor arriesgó diez mil millones por conseguir algo que vale billones de veces más.

—Pero su golpe de Estado, si es que pensaba darlo, falló. En cambio, puede que no falle su segundo plan.

—¿Cuál es, Guduria?

—Thor-Kii tiene cinco satélites, uno de los cuales, Nrird, está a unos doce millones de kilómetros de distancia. Ramshinor ha instalado allí un cañón interplanetario. Si no accedo a casarme con él, bombardeará las principales capitales del planeta. Y, a poco que entiendas de este asunto, sabrás que a corta distancia, no hay contraarma efectiva para el disparo de un cañón interplanetario.

CAPÍTULO V

Berry necesitó una segunda copa del rojo vino de Zhor-Kii, para pasar el susto que le había dado la respuesta de Guduria.

—De modo que un cañón interplanetario —dijo.

—Sí —confirmó ella.

—¿Cómo lo sabes?

—El mismo me lo dijo. Tuvo la desfachatez de llevarme a su observatorio particular. Nrird estaba en fase de creciente y pude ver las instalaciones con toda claridad. Thor, hemos de hacer algo —exclamó Guduria, con voz repentinamente angustiada—. Ramshinor es muy capaz de llevar a cabo sus amenazas, si yo no cedo.

Berry la miró fijamente.

—Todavía te sientes ligada a tu pueblo —dijo.

El pecho de la joven se dilató tempestuosamente.

—Hay millones de inocentes que pueden morir —contestó—. Lo hago por ellos, pero sé que a la mayoría le tiene sin cuidado quién pueda gobernar, con tal de que lo haga medianamente bien. Por tanto, cuando haya eliminado la amenaza de Ramshinor, me sentiré desligada de toda atadura con el pueblo de Zhor-Kii.

Se acercó a Berry y le puso los brazos en torno al cuello.

—Una vez dejé pasar la ocasión —dijo con voz acariciadora—. Ahora no sucederá lo mismo. Ya no quiero ligarme más que a un solo hombre... y para toda la vida.

Berry rozó con sus labios los de la hermosa mujer que se apoyaba en su pecho.

Luego dijo:

—Cámbiate de ropa. Nos vamos.

—¿Para qué? Podemos, simplemente, cambiar de forma...

—No. Ramshinor es muy astuto. Ha instalado interferidores

mentales en torno al palacio. Yo quise convertirme en pájaro y no pude conseguirlo, pese a haberlo intentado dos veces. Créeme, Guduria, es una experiencia terrible.

—Si tú lo dices… La verdad es que yo no había pensado en esa barrera.

—Ramshinor no es tonto. Por cierto, ¿puede cambiar de forma, como nosotros?

Guduria sonrió despectivamente.

—Es un Ull-Mukr. Los miembros de esa dinastía no han sido jamás polimórficos…, y yo no quiero que Ramshinor lo sea.

—Mejor para los dos. Anda, cámbiate de ropa. Nos iremos antes de que amanezca.

Guduria echó a correr hacia el dormitorio. Antes de entrar en él, se volvió.

—Thor, ¿cuáles son tus planes? —preguntó.

—Ir a Nrird, por supuesto.

—Todas las naves del aeropuerto estarán bajo vigilancia. Los hombres de Ramshinor obedecen ciegamente sus órdenes. No harán caso de las mías…

Berry rió suavemente.

—Sospecho que a Ramshinor, pese a su astucia, le falta todavía algo para conocer la idiosincrasia de un terrestre. E incluso, de un nativo de este planeta. Vamos, date prisa, el tiempo vuela.

—Sí, querido.

Guduria entró en el dormitorio. Berry alzó la voz

—Ropas discretas, por favor —aconsejó.

Minutos más tarde, Guduria apareció ante el terrestre, vestida con blusa negra, pantalones muy ajustados del mismo color y botas de media caña. El pelo estaba sujeto por una redecilla de seda también negra

Ella tenía en las manos un paquete, que entrego a Berry.

—Hay un megasolar —dijo—. Es todo lo que tengo pero

podemos necesitar dinero…

—Yo no vine con los bolsillos vacíos —sonrió él.

Momentos después, se descolgaban por la terraza, Berry descendió el primero. Los pies de Guduria se apoyaban continuamente en sus hombros, a fin de marcarle el ritmo de descenso. Cuando Berry tocó el suelo, alzó las manos y la cogió por la cintura.

—Sígueme —dijo en voz baja.

Agachados, franquearon el cinturón de vigilancia. A fondo, a lo lejos, se veían las luces de Zhorivia, la capital del planeta.

Corrieron a través de los bosques que rodeaban el palacio. En el cielo brillaban algunos de los cinco satélites que orbitaban en torno al planeta.

Berry levantó la vista una vez. Nrird aparecía en creciente, pequeño en apariencia, pero era el mayor de los satélites, con un diámetro doble de la Luna terrestre.

Allí estaba el cañón que podía arrasar las ciudades más populosas de Zhor-Kii, pensó. Cuando llegaban a las primeras casas de la capital, se oyó a lo lejos el alarido de una sirena.

—Ya han descubierto mi fuga —anunció Guduria.

—No era una cosa que pudiera permanecer secreto mucho tiempo —contestó él, tranquilamente.

El hombre que abrió la puerta poco antes de que amaneciera era gordo y tenía una acusada calvicie, además de una notoria expresión de cólera en su rostro redondo y sonrosado. Empezó a quejarse de la falta de consideración que era sacarle de la cama tan temprano, pero se calló de repente.

—Por los cien mil rayos de Ok-Hitton —exclamó—. Si mi vista no me engaña, y todavía es magnífica, este sinvergüenza que está aquí delante es…

—El mismo —rió Berry—. Hadur, han pasado ocho años y tienes la memoria tan buena como la vista. Por cierto, ¿no conoces a la dama que me acompaña?

—¡Señora! —exclamó el sujeto—. Pero ¿cómo…?

—Adentro, Hadur —dijo Berry—. ¿O es que no has oído las

sirenas de palacio?

—Vagamente, pero tenía mucho sueño...

—He sacado a Guduria de palacio. Ramshinor la tenía secuestrada.

—De ese tipo no me extraña nada —contestó Hadur—. Vengan por aquí —indicó, mientras les precedía a una gran sala, en aquel momento deshabitada—. ¿Quieren tomar algo? —ofreció.

—Por el momento, nada. Hadur, ¿cómo está tu hermana pequeña?

El hombre gordo guiñó un ojo.

—Se hizo sensata y se casó. Ya tiene tres chicos —contestó.

—Felicítala de mi parte, Hadur.

Guduria miró al terrestre.

—Parece ser que no fui para ti la única mujer en Zhor-Kii —dijo.

—Eso fue antes de conocerte —sonrió Berry—. Después, ya no ha habido más mujeres en mi vida.

Berry levantó una mano.

—Lo juro—dijo.

—Está bien —cortó Guduria—. Thor, dijiste que tenías un plan.

—Sí. Hadur, quiero que te pongas en contacto con Dainos.

—¿El contrabandista?

—Sí, ese mismo.

—Cobra caro —advirtió Hadur.

—¡Pero si todavía no sabe qué le vamos a pedir!... —Guduria se quedó desconcertada repentinamente—. Thor, ¿cómo es posible que te relaciones con gente de esta calaña?

—Preciosa, allá arriba, en el palacio, vives desconectada por completo de la realidad —contestó el terrestre—. Y no califiques mal a la gente sólo por su aspecto. Puede que no encuentres en todo el planeta a un tipo más fiel que Hadur, lo cual no significa que no

añada algunos solares de más en sus facturas. Pero su cocina es magnífica...

Hadur hizo un gesto simultáneo con las manos y la cabeza.

—Pse... Se hace lo que se puede... ¿Qué le digo a Dainos, Thor? —consultó.

—Dile, simplemente, que quiero hablarle. Mientras tanto, tendrás que proporcionarnos alojamiento. Y negar que estamos en tu posada.

—No habrá problemas. —Hadur soltó una risita—. Algunas veces he tenido que esconder a los hombres de Dainos de los agentes del fisco. Pero si ahora la escondo a ella, un día podrá...

—Hadur, tengo la impresión de que Guduria ya no quiere ser reina de este planeta.

El hombre gordo se puso repentinamente serio.

—¿Es cierto eso, señora? —preguntó,

—Sí —confirmó Guduria—. Pero no antes de que Ramshinor haya quedado definitivamente aparcado de la más mínima fuente de poder.

—Eso me tranquiliza —dijo Hadur—. Bien, les enseñaré los alojamientos secretos. Luego iré en busca de Dainos. Pide mucho, te lo advierto de nuevo, Thor —añadió.

—Pero siempre da lo que se le pide, cuando se le paga el precio acordado. Y, además, es discreto como una tumba, que es lo que necesitamos.

Minutos más tarde, Berry y Guduria quedaban a solas en una habitación con dos sencillas camas, una mesa, dos sillas. Una pequeña puertecita comunicaba con un diminuto cuarto de baño.

La estancia no. tenía ventanas, aunque sí disponía de aireación. Guduria, pasmada, se sentó en una de las camas.

—De modo que aquí es donde se esconden los malhechores...

—Hadur no escondería a un ladrón o un asesino. El contrabando ya es algo diferente.

—Según se mire, claro —dijo ella con voz tensa.

—Tenemos que mirarlo con ojos realistas. Puedes considerar a Dainos como un delincuente fiscal, pero si nos saca del apuro en que estamos, creo que incluso llegarás a bendecir su nombre.

—A veces eras un poco cínico, Thor.

Berry se tendió en su cama.

—Contemplo la vida tal como es y no como querríamos que fuese —manifestó—. Por otra parte, comparado con Ramshinor, Dainos es un ángel.

Cerró los ojos.

—No he dormido en toda la noche —añadió con voz fatigada —. Perdóname, Guduria...

Ella le miró con inmensa simpatía. Una vez, se dijo, había cedido al imperativo del deber, acallando los impulsos de su corazón. Ahora no sucedería lo mismo. Viviría el resto de su existencia junto a Thor.

«Con permiso de Ramshinor —pensó— repentinamente aprensiva.»

* * *

Dainos era un hombre delgado, de nariz corva y ojos penetrantes. Habitualmente, vestía con sencillez, pero Berry sabía que el contrabandista no gustaba de ostentaciones personales. Y también sabía que el número de sus relaciones era poco menos que infinito.

A pesar de todo, Dainos se espantó cuando conoció la petición de Berry.

—Un cohete intersatelitario —exclamó.

—Dos, Dainos, dos —puntualizó el terrestre.

Las manos del contrabandista se alzaron hacia el techo.

—Estás loco...

—Dainos, no nos engañemos. Si se te pagase lo suficiente, serías capaz de dejar sin naves a la armada de Ramshinor —dijo Berry.

—No me sobrevalores —gruñó Dainos—. Pero ¿por qué dos naves? Con una sola, opino, tienes más que suficiente…

—Necesito dos. Y una de ellas ha de ser situada en la cuadrícula que te señalo en este mapa. No me importa que la operación se haga sin demasiadas reservas. Es decir, con sigilo, pero no tanto que no se enteren los esbirros de Ramshinor, ¿comprendes?

Dainos tomó el mapa que le entregaba Berry y que le había sido proporcionado por Hadur. Después de estudiarlo un momento, fijó los ojos en el terrestre.

—¿Qué hay del otro cohete? —preguntó.

—Estará, cuando puedas, que será lo antes posible, escondido en la cueva que hay orientada al Sur, en la región de los Monolitos.

—¡Estás loco! ¿Quién va a llegar allí y despegar después…?

—Dainos, lleva el segundo cohete al lugar que te indico —insistió Berry—. Se puede hacer, yo viajé allí una vez. Esa cueva está en la columna número setecientos dieciséis. También queda señalada en el mapa. Estúdialo y verás cómo se puede aterrizar y despegar.

El contrabandista se encogió de hombros.

—Con tal de que pagues… —murmuró.

—Fija el precio tú mismo.

Dainos meditó un instante.

—Hay muchas bocas que tapar y eso es lo malo. Cuanto más… «cemento» me des para cerrar esas bocas, mejor.

—¿Bastarán cien mil solares? —dijo Guduria, silenciosa hasta el momento.

Dainos respingó.

—¡Señora! Yo pensaba pedir unos trescientos…

Berry soltó una risita.

—Y yo pensaba ofrecer la mitad, ladrón —dijo—. Está bien, el asunto lo vale…, porque, si fracasamos, tú ya no contrabandearás más, ni tus hijos irán a llevar flores a tu tumba.

—¡Rayos! ¿Tan mal está la cosa? —exclamó Dainos.

—Ramshinor ha instalado en Nrird un cañón interplanetario. Si no lo destruimos… Imagínate el resto, Dainos —dijo Berry.

Los ojos del contrabandista se volvieron hacia la joven.

—Quiere casarse con usted —adivinó.

—Sí. Y para mí, sólo hay un hombre —contestó ella apasionadamente, a la vez que se apoderaba de la mano de Berry.

—Un hombre afortunado —comentó Dainos—. Señora, permítame que la felicite; vale más ser la reina de un hombre solo que no la reina de varios cientos de millones, la mayor parte de los cuales no agradecieron el gesto que tuvo usted al sacrificarse casándose hace ocho años con aquel canalla que se llamó Ramshinor.

—Está bien, Dainos, dejémonos de florilegios —cortó Berry—. Ah, otra cosa. Déjame una nota en el cohete que usaremos para ir a Nrird, con todos los datos que tus hombres averigüen acerca del terrestre que se peleó hace semanas con los agentes de la Aduana. Acabó muriendo a tiros y el maletín personal que llevaba consigo se volatilizó también. No sólo quiero los datos oficiales, sino los que tú sabes conseguir cuando quieres, ¿has entendido?

Dainos hizo saltar en la mano el paquete de mil megasolares que le había entregado Guduria.

—La gente hablará… y tendrá la lengua quieta —aseguró, con sonrisa maquiavélica.

Berry y Guduria quedaron solos.

—¿Cómo iremos a la región de los Monolitos? —preguntó.

—Es bien simple. Cambiaremos de forma, es decir, de cara y color de pelo y tomaremos un aerobús de turistas. Los esbirros de Ramshinor no se imaginarán nunca que estamos en medio de cientos de personas ávidas de contemplar ese singular panorama —contestó Berry.

CAPÍTULO VI

Desde el aire, el guía explicaba a los pasajeros del aerobús las principales características de aquella singular región, que poseía un encanto peculiar. Cientos y cientos de colosales agujas de piedra, algunas de las cuales alcanzaban trescientos y más metros de altura, llenaban el panorama hasta donde se perdía la vista. Era el producto de una extraña erosión del suelo, acaecido durante millones de años, y en donde habían resistido las partes más sólidas y duras de la superficie. En ocasiones, parecía que las agujas no dejaban el menor espacio entre ellas, tan juntas estaban.

Había turistas de todos los planetas del Megasistema, incluidos unos cincuenta o sesenta terrestres. Berry y Guduria, transformados en un respetable matrimonio de mediana edad, asentían con frecuentes movimientos de cabeza a las explicaciones del guía y, de vez en cuando, como la mayoría, tomaban instantáneas de los puntos más interesantes del panorama.

—Y ahora —dijo el guía de pronto—, tomaremos tierra para que puedan admirar desde la base la aguja mayor de todas, con una altura de trescientos setenta y dos metros y una anchura, en la base, de sólo cincuenta y cuatro, lo que la convierte en un verdadero prodigio de la naturaleza. Consulten, por favor, su índice y verán que la aguja número noventa y cuatro del catálogo...

El enorme aerobús, capaz para cuatrocientas personas, se posó suavemente en el suelo. Sus pasajeros fueron saliendo ordenadamente por las ocho puertas de que disponía el aparato.

Los turistas, en manada, siguieron al guía. Ninguno de ellos se dio cuenta de que dos de los viajeros se iban rezagando. Tampoco nadie advirtió dos leves columnitas de polvo, semejantes a remolinos, que se alejaban con rapidez de aquel lugar.

Minutos más tarde, Berry y Guduria recobraban su forma habitual.

—¡Uf! —se quejó él—. Me cuesta sudores de muerte una transformación...

—No es cosa sencilla, ciertamente —sonrió Guduria.

Caminaron unos cientos de pasos. De pronto, Berry se detuvo ante la entrada de una cueva, situada al pie de un gigante monolito, de más de doscientos metros de altura.

En aquel lugar, las agujas de granito estaban separadas por intervalos de cincuenta o sesenta metros. Un arroyo de espumeantes ondas serpenteaba entre los monolitos. Abundaba la vegetación y la hierba crecía espesa en las márgenes del riachuelo.

—Me gustaría saber cómo llegaste tú a encontrar esta cueva —dijo Guduria.

—No te conocía a ti aún, salvo por las fotografías oficiales —contestó Berry.

—¿Y ella? ¿Lo sabía?

Berry sonrió.

—Nunca he sido de piedra —contestó—. Y los días que pasé aquí descansando, resultaron maravillosos.

En aquel momento, Dainos salió de la cueva.

—Tenías razón —dijo—. Se puede llegar y despegar perfectamente.

Berry se volvió y contempló el espacio situado entre una doble hilera dé agujas, aparentemente en posición irregular, pero con la suficiente linealidad para permitir un buen despegue, a poco que se supiera manejar un cohete intersatelitario.

—Te lo dije, Dainos —contestó—. ¿Vamos, Guduria?

—El cohete está provisto de todo el equipo necesario, incluyendo trajes de vacío —dijo Dainos.

—¿Qué hay del otro cohete?

Dainos soltó una risita.

—Los hombres de Ramshinor han salido para destruirlo, bombardeándolo desde el aire —contestó.

Berry dio un par de palmadas en el hombro del contrabandista. Luego, empujó a Guduria hasta el cohete, un aparato de finas líneas, capaz de alcanzar enormes velocidades en un tiempo muy escaso.

Dainos se apartó a un lado para contemplar el despegue. Berry

y la joven se sujetaron a los asientos. El comprobó los instrumentos y luego dio el contacto, para calentar ligeramente los motores.

De repente, Guduria lanzó un agudo grito:

—¡Mira, Thor!

Berry siguió con la mirada la dirección que ella le señalaba con la mano. Un escalofrío de horror heló su espalda en el acto.

Alguien había disparado una descarga disgregadora contra el contrabandista. Dainos se convertía en humo con indescriptible rapidez.

El casco del aparato podía protegerles contra aquellos disparos, pero alguno de sus delicados mecanismos podía resultar dañado. Berry hizo lo único que cabía en aquellos momentos: avanzar a fondo la palanca de energía.

El cohete salió de la cueva, disparado como un proyectil. En el momento en que asomaba el morro, Berry divisó un aeromóvil con las armas de Ramshinor en los costados.

Era indudable que la descarga que había costado la vida a Dainos había partido de aquel aparato. En una fugacísima fracción de segundo, Berry divisó abierta la cúpula del gravimóvil, en cuyo interior se divisaban cuatro hombres armados.

El piloto del gravimóvil vio aquel cohete que salía como un obús, cuando ya estaban a unos veinticinco metros del suelo, y quiso echarse a un lado, pero era un poco tarde. La aleta izquierda del cohete rozó el costado del gravimóvil y le hizo dar una voltereta completa en el aire.

Los hombres que estaban en la cabina y que ya se habían quitado los atalajes de seguridad, previendo un inminente aterrizaje, fueron lanzados, al vacío. El gravimóvil, privado de control, cayó a tierra y explotó como una bomba de gran potencia.

Pero esto ya no lo vieron los fugitivos, quienes, en su cohete, que aceleraba brutalmente, se perdían ya en las alturas, rumbo a Nrird.

* * *

En menos de un minuto se encontraron en el espacio exterior. Dainos, no cabía la menor duda, había sabido gastarse bien el dinero. Era un buen aparato, capaz de alcanzar holgadamente los ciento cincuenta mil kilómetros por hora.

Berry trazó el rumbo en la computadora direccional y luego fijó el piloto automático. Entonces se quitó los arneses de seguridad.

—Puedes soltarte, Guduria —dijo.

Ella lanzó un hondo suspiro.

—Creí que no lo contábamos —dijo.

—A punto hemos estado, en efecto —convino él—. Pero eso me hace sentirme muy preocupado. Ramshinor habrá prevenido a los hombres que vigilan el cañón interplanetario.

Guduria le dirigió una mirada de angustia.

—La sorpresa se ha disipado —exclamó.

—Ya encontraremos algún medio de destruir esa amenaza —dijo Berry con acento lleno de confianza—. Todavía queda tiempo antes de que lleguemos a Nrird y no creo que Ramshinor se atreva a hacer un solo disparo.

—¿Por qué?

—Tú ya no estás en Zhorivia y su amenaza ya no puede surtir efecto alguno, al menos por el momento. ¿Para qué destruir una ciudad del planeta si no te tiene a la mano para convertirte en su esposa?

—Eso es cierto —admitió Guduria—, pero, a pesar de todo...

Berry palmeó afectuosamente una de sus manos.

—Lo más lamentable de todo es que Dainos ha muerto. Tenía sus defectos, pero era un tipo excelente y, sobre todo, leal y discreto.

Guardó silencio unos instantes. Luego dijo:

—Bien, vamos a revisar el interior del cohete; es preciso saber con qué clase de equipo contamos.

Berry se dirigió hacia la parte trasera del aparato, donde había cuatro minúsculos camarotes, más una pequeña sala-comedor, así como dos baños y un cuarto destinado al almacenamiento de

pertrechos. Al abrir la puerta de uno de los camarotes vio un sobre encima de la litera.

—Vaya, me dejó el mensaje solicitado —dijo.

Abrió el sobre. Dentro había un trocito de metal parcialmente fundido y cuya longitud no rebasaba los dos centímetros de largo por uno de anchura. Parecía haber formado parte de una de las cantoneras del maletín que había sido destruido por uno de los disparos hechos por los aduaneros, al defenderse de las iras de un viajero terrestre demasiado susceptible.

El mensaje contenía una detallada descripción del viajero, con todos sus datos personales, así como un informe muy completo de lo sucedido en el astropuerto. El mensaje finalizaba así:

«He conseguido el único resto que quedó del maletín que el viajero transportaba personalmente. Respecto a su restante equipaje, no se encontró nada de particular. Ninguno de los científicos que ha examinado ese trozo de metal ha sabido encontrar una explicación satisfactoria a su estructura.»

Berry, intrigado, contempló el minúsculo trocito de metal. A simple vista, sin embargo, no podía sacar ninguna conclusión.

—Lo guardaré —dijo—. Tal vez un día podamos saber algo más de ese misterioso viajero.

—¿Crees que tenía alguna relación con Ramshinor? —preguntó ella.

—No me extrañaría en absoluto. Le traía algo extraño en el maletín, algo muy importante..., pero acaso tuvo la mala suerte de topar con un aduanero demasiado celoso o quizá es que Ramshinor no pudo prevenir que ese individuo debía pasar libremente por la Aduana. Como sea, por el momento nos resulta absolutamente imposible saber qué cosa de importancia contenía el maletín.

—Tenemos otra cosa más importante que hacer —dijo Guduria.

—Eso es cierto, y para evitar sorpresas desagradables, voy a hacer una revisión a fondo del equipo —dijo Berry.

El trabajo le mantuvo ocupado durante un par de horas. Cuando terminó, se encontró con la mesa puesta.

—Querrás algo de comer —sonrió Guduria.

—No me falta apetito —contestó él.

—¿Todo en orden, Thor?

—Todo, salvo una cosa.

—Dime, querido.

—Me falta por idear el plan para llegar al cañón sin ser vistos. No sé cómo hacerlo, pero puedes estar segura de que ya encontraré la idea para destruir ese maldito cañón.

—Ojalá lo consigas —suspiró ella.

Después de comer, Berry se encaminó a la cabina de mando. Revisó los instrumentos y halló que todo marchaba satisfactoriamente.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a Nrird? —preguntó ella.

—La media es de un millón de kilómetros cada cuatro horas. Cuarenta y ocho horas en total... antes de poner pie en la superficie del satélite.

Berry contempló durante unos instantes el fantástico espectáculo del espacio, constelado por miríadas de estrellas. Guduria, a su lado, tenía la cabeza apoyada en su hombro.

—Tengo que hacerte una pregunta, Guduria —dijo él de pronto.

—¿Sí, Thor?

—¿No te arrepentirás nunca de la decisión que has tomado?

Ella giró un poco y se colgó de su cuello, a la vez que le dirigía una intensa mirada.

—Debí haber tomado esta decisión hace ya ocho años —dijo, con voz cargada de pasión.

Berry sonrió ligeramente. Luego atrajo hacia sí a aquella hermosa mujer, a la que nunca había podido olvidar, y la besó ardorosamente.

CAPÍTULO VII

A unos trescientos mil kilómetros de distancia de Nrird, Berry enfiló el visor de la pantalla telescópica hacia la superficie del satélite. No tardó en divisar el cañón interplanetario y el conjunto de instalaciones que había a su alrededor.

La pantalla podía reflejar con absoluta precisión el menor detalle del cañón y de las instalaciones, manejando adecuadamente el mando de aumento de imagen. Berry había oído hablar de aquellos artefactos, pero no había visto jamás un cañón interplanetario.

La pieza estaba dentro de una cúpula gigantesca, completamente transparente, y su cureña estaba apoyada sobre una enorme plataforma giratoria, de forma circular y de diámetro exactamente igual al de la base de la cúpula. Sólo la boca de la pieza asomaba al espacio, por un orificio exactamente adecuado a su diámetro en aquel lugar, de modo que en el interior de la cúpula había siempre una presión atmosférica normal.

El tubo medía unos ciento setenta metros de largo por cinco de diámetro en la culata, junto a la cual se veía el conjunto de generadores que suministraban la potencia necesaria para el disparo. La altura, desde la base de la cureña, era de unos treinta metros.

En la boca se divisaban veinte orificios, cada uno de los cuales medía tres centímetros de diámetro. Por allí salían los chorros de fotones, concentrados a presiones que escapaban a toda imaginación, a la velocidad de la luz. Aquella descarga podía quemar una ciudad y convertirla en un trozo de terreno completamente ennegrecido en menos de un segundo.

Al pie de la cureña se veían los pupitres de control. Desde allí se dirigían las operaciones de puntería y disparo. Pero, observó Berry con no poco asombro, el interior de la cúpula aparecía completamente desierto.

—Debería de haber gente dispuesta a disparar en cualquier momento —dijo.

—Ramshinor nos ha tendido una trampa —exclamó Guduria.

—No cabe la menor duda, pero ¿qué clase de trampa?

Con el telescopio exploró palmo a palmo el conjunto de instalaciones. No se veía a nadie. La zona estaba absolutamente desierta. Ni siquiera el detector de emisiones mentales daba muestras de actividad.

—¿Habrán abandonado el cañón? —dijo Guduria, no menos desconcertada que el joven.

El cohete se acercaba rápidamente a la superficie de Nrird. De repente, Berry captó un vivo centelleo en uno de los edificios auxiliares.

Era una lámpara situada en la parte más alta. Sus destellos seguían un ritmo peculiar.

—¡Morse! —exclamó de pronto.

—¿Un mensaje? —comprendió Guduria en el acto..

—Sí... Espera...

Berry contempló con gran atención los destellos de la lámpara. Un minuto después, se volvió hacia la joven.

—Dice que desembarquemos junto a la pieza. Allí está el mensaje —manifestó.

—De Ramshinor, supongo.

—¿De quién otro? —rió él amargamente.

—¿Piensas aterrizar?

—Sí.

—Thor, si no hay nadie, ¿cómo han hecho funcionar la lámpara de señales? —se extrañó Guduria.

—Debía de estar conectada a algún radar de proximidad, con el primer mensaje grabado de antemano. Pero cuando aterricemos, conoceremos las verdaderas intenciones de Ramshinor.

Una hora más tarde, el cohete se posaba en tierra. Barry y Guduria se habían puesto ya los trajes de vacío y salieron inmediatamente.

La escasa gravedad del satélite les permitió llegar con rapidez a la cúpula donde estaba el cañón interplanetario. Berry se quedó pasmado al ver al natural aquel descomunal artefacto, que sólo podía

haber sido creado por una mente delirante.

El mensaje, escrito en una tabla metálica de grandes dimensiones, se hallaba pegado a la cúpula por la parte interior. Berry y Guduria leyeron:

> «Todo intento de descargar la pieza está condenado al fracaso. El cañón se activará apenas se efectúe el menor intento de desconexión y su disparo se producirá exactamente en el momento en que Zhorivia entre en su sistema de puntería. Guduria deberá regresar inmediatamente a su residencia. El terrestre será perdonado y enviado de vuelta a su planeta. Si estas condiciones no son cumplidas, un segundo mecanismo activará el cañón dentro de sesenta horas, para que el disparo se efectúe en el momento en que Zhor-Kii y Nrird se encuentren en las posiciones respectivas más convenientes, teniendo en cuenta las órbitas respectivas y los correspondientes giros sobre sus ejes. Inmediatamente después de su regreso, Guduria anunciará su compromiso matrimonial conmigo.
>
> »Ramshinor Ull-Mukr.»

Después de la lectura del mensaje, Berry tardó algunos segundos en reaccionar. Guduria le contemplaba ansiosamente a través de la máscara de su escafandra.

—No cabe duda —habló él finalmente, a través de la radio del casco—: Ramshinor ha sabido hacer las cosas bien.

—¡Pero es que yo no quiero casarme con él! —dijo Guduria, histéricamente.

Berry levantó una mano.

—Calma, no te excites —sonrió—. Debe de haber algún modo de evitar el disparo fotónico que podría reducir a cenizas tu capital. ¿Crees que podría volver a la Tierra tranquilo, sabiéndote en brazos de ese miserable?

Guduria se tranquilizó un poco. Berry empezó a caminar en torno a la cúpula, observando con infinita atención los menores

detalles de la gigantesca pieza.

Luego recorrió las instalaciones, absolutamente desiertas. Incluso penetró en la central de energía, en donde destacaba claramente la palanca que permitiría cortar el aflujo de fuerza a los mecanismos de disparo. Era una tentación muy fuerte, pero Berry se abstuvo siquiera de tocarla.

Guduria le seguía anhelantemente, tratando de penetrar en sus pensamientos. Sabía que Berry se devanaba los sesos buscando una solución para el problema, pero, amargamente, reconoció que Ramshinor había cubierto todas las eventualidades.

—Thor, no puedo consentir que un millón de personas mueran por mi culpa —gimió, mucho más tarde.

—No morirá nadie, salvo, en todo caso, un traidor y parricida —dijo él sombríamente.

Y, de súbito, creyó haber hallado la solución.

Casi a saltos, buscó el depósito de pertrechos, en el que encontró una perforadora manual, movida por pilas. Luego llevó a Guduria hasta la puerta del edificio de control de energía.

Como todos los edificios, incluida la cúpula que albergaba el cañón, disponía de una esclusa, con compuertas interior y exterior, a fin de que los operarios pudieran trabajar sin necesidad de trajes de vacío, dada la carencia de atmósfera en el satélite. Guduria quedó en el interior del edificio.

—Cuando yo diga «¡ahora!», haz funcionar el mando de apertura de la compuerta exterior. En cuanto haya salido yo, abrirás la compuerta interior. Haremos primero una prueba de audición, para comprobar si me oyes bien desde el interior de este edificio. ¿Vas comprendiendo?

—Sí —contestó ella, con los ojos muy brillantes, porque adivinaba que Berry había dado con la solución salvadora.

—Del resto no te preocupes. Antes de quince minutos, ese cañón no será más que un montón de chatarra inútil.

Guduria quedó en el interior de la estación de energía. Berry salió fuera y la llamó por radio, repitiendo las llamadas hasta hallarse al pie de la cúpula que albergaba el cañón interplanetario.

—¿Me oyes bien? —preguntó.

—Sí, fuerte y claro.

—Cuando abras la compuerta exterior, agárrate bien o el aire te expulsará fuera.

—No te preocupes, querido.

Berry levantó la perforadora que había llevado consigo. Durante unos segundos contempló los mecanismos de disparo, con los relojes, controles y los delicados circuitos que pondrían en marcha la fatídica maquinaria. Pero confió en su idea y apoyó la punta de la broca en el vidrio especial de que estaba construida la cúpula.

El trépano, girando a miles de revoluciones por minuto, mordió fácilmente en el vidrio. Su diámetro era de unos tres centímetros, más que suficiente, pensó Berry, para el fin que se había propuesto.

Pasaron unos minutos. De pronto sintió que la resistencia se hacía menor.

Paró un momento el motor. La punta del trépano asomaba ya un par de milímetros al otro lado. Delgadas volutas de gas blanquecino, aire que se congelaba instantáneamente en aquel espantoso vacío, empezaron a salir por el orificio.

De nuevo puso la perforadora en marcha.

—Guduria, ¿me oyes? —llamó.

—Sí, Thor.

—¡Ahora! ¡Abre!

La broca había pasado por completo al otro lado. Berry paró la máquina, tiró hacia atrás y saltó a un lado.

El aire contenido en la cúpula, varios miles de metros cúbicos, escapó; con presión irresistible. El chorro blanquecino alcanzaba a una veintena de pasos de distancia y se disolvía inmediatamente en el vacío.

—¡Thor, estoy bien! —anunció ella de pronto.

—Espléndido, esto marcha —dijo Berry.

Súbitamente, se abrió una enorme grieta en la cúpula. Berry se alejó de aquel lugar, dando saltos de diez y más metros de longitud. Guduria había salido fuera de la estación de energía y le extrañó verle correr como un loco.

La cúpula se abrió en varios trozos, como la cáscara de una naranja. En un par de segundos, todo el aire escapó al vacío.

Berry sonrió.

—Si Ramshinor nos está viendo desde Zhor-Kii con su telescopio, en estos momentos se estará quedando sin pelo —dijo.

—Thor, a pesar de todo, ¿no habremos puesto en funcionamiento los mecanismos de disparo? —dudó.

—No —aseguró él, con voz firme.

—¿Cómo puedes afirmarlo?

—Volvamos al cohete. Te lo explicaré después de despegar.

Ella asintió. Antes de entrar en el cohete, Berry se volvió y contempló durante unos instantes el gigantesco cañón, muestra impotente de la megalomanía de un ser cuya ambición no conocía límites.

Una vez dentro del aparato y estabilizada la presión atmosférica, se despojaron de los trajes de vacío. Berry fue a continuación a sentarse en el puesto del piloto. Guduria se reunió con él casi un cuarto de hora más tarde.

—Te has retrasado —dijo.

Ella le dirigió una ardiente mirada.

—Tenía el pelo completamente desordenado —se disculpó.

Berry la contempló unos segundos. El aspecto de Guduria era hechicero. En aquel momento, adquirió la convicción de que aquella mujer y él no se separarían ya jamás.

—Está bien, volvamos a Zhor-Kii —dijo.

Apenas habían despegado, centelleó una lámpara en el cuadro de mandos.

—¡Qué raro! —se extrañó él—. ¿Quién puede llamarnos por radio?

La señal se repetía insistentemente. Berry dio contacto. Instantes después, oyó una voz colérica:

—¡Berry! ¿Se da cuenta de lo que ha hecho? Por salvar a esa

liviana mujer ha condenado a la muerte a un millón de personas...

—Usted es Ramshinor, si no me equivoco —dijo el terrestre.

—Sí, en efecto.

—En este caso, debe saber que voy a Zhor-Kii para hacerle tragar los insultos que ha dirigido a mi futura esposa. Esto, en primer lugar; y en segundo, voy a castigar el crimen que usted cometió hace cuatro años.

—¿Qué crimen? —preguntó Ramshinor.

—¡Parricida! ¿Conoce el significado de esa palabra?

Se oyó una horrible palabrota. Guduria, con el ánimo en suspenso, escuchaba temerosamente el violento diálogo.

—Me está calumniando...

—Ramshinor, usted sabe de sobra que he dicho la verdad. En cuanto a su famoso cañoncito, no es ya más que un montón de metal, bueno para la chatarra.

—El mecanismo de disparo está en marcha. ¡Nada podrá detenerlo! —aulló Ramshinor, a doce millones de kilómetros de distancia.

—¡No sea imbécil! —le apostrofó Berry duramente—. Cometió un error monumental. Lo previo todo, excepto que ciertos mecanismos muy delicados no funcionan si no están en una atmósfera de presión normal.

Hubo un momento de silencio. En un segundo, Guduria comprendió los motivos de la acción realizada por Berry.

—¿Es... es eso cierto? —preguntó Ramshinor, con voz repentinamente desencajada.

—Si yo no hubiera encontrado la solución, Guduria hubiera cedido a sus proposiciones, para evitar la muerte de un millón de personas. Ciertos circuitos transistorizados, tanto del mecanismo de disparo como de la estación de energía, no estaban ni diseñados para funcionar en el vacío, ni protegidos contra una súbita descompresión. Incluso en el caso de que los mecanismos de disparo se hubieran puesto en marcha, a los pocos segundos se habrían parado por esa causa, independientemente de que el cañón no habría recibido tampoco la energía suficiente para sus descargas fotónicas. ¿Lo ha

comprendido bien, Ramshinor?

De nuevo se produjo otra pausa. Luego, Ramshinor habló:

—Ha dicho que vuelve a Zhorivia, terrestre.

—Sí —confirmó Berry.

—Bien, estaré aguardándole.

—Allí nos veremos dentro de cuarenta y ocho horas.

—Recuerde una cosa: tengo un interferidor de sus facultades polimórficas.

Berry se echó a reír.

—Allí nos encontraremos —contestó.

Y cortó la comunicación.

Guduria le cogió por un brazo y le miró temerosamente.

—Ramshinor es un hombre muy astuto e incapaz de cualquier sentimiento noble —dijo.

—Pero no tiene interferidor para mis puños —rió Berry.

CAPÍTULO VIII

El centinela se paseaba rítmicamente por delante de la puerta del palacio, armado con su fusil fotónico, capaz de desintegrar a un ser humano a dos mil metros de distancia. El depósito de energía que activaba el arma estaba a la espalda, en una pequeña mochila.

Algo voló repentinamente por los aires y fue a caer a pocos pasos del centinela. Los ojos del hombre contemplaron atónitos el billete.

Avanzó un poco, se inclinó y recogió el billete.

—Diablos —murmuró—. ¿De dónde llueve este dinero?

—El billete es de cincuenta megasolares —sonó una voz en la oscuridad—. Te caerá otro si avisas discretamente al comandante de la guardia.

El centinela se volvió. Un segundo billete revoloteó por los aires.

—No te conozco, amigo, pero el precio por la llamada es el justo —dijo, cínicamente.

Minutos después, un oficial, con las armas de Ramshinor en las hombreras, se hacía visible ante la puerta del palacio.

—¿Quién es el que me llama? —preguntó en voz alta.

Una elevada figura se destacó de las tinieblas.

—Soy Thor Berry —dijo el terrestre.

—Ramshinor nos ha dado órdenes muy especiales para ti...

Berry sonrió tranquilamente.

—¿Qué estímulos especiales os ha concedido para obedecerle? —preguntó.

—Ninguno. Nuestro sueldo...

Un grueso paquete voló por los aires y fue a caer en las manos del aturdido oficial.

—Ahí tienes cien billetes de cien solares cada uno —dijo Berry —. Reúne a todos tus soldados y lárgate del palacio. Ah, también la servidumbre, pero hazlo del modo más discreto posible. ¿Has comprendido?

El oficial contempló atónito el grueso tajo de billetes, envuelto en una fina tela de seda.

—Esto es un soborno…

—Sí —admitió Berry, sin inmutarse.

—Bueno, pero es que…

—No tienes derecho a formular ninguna objeción. El paquete está dividido en dos partes: un tercio, para ti; el resto, a partes iguales, entre los guardias y la servidumbre. Y no olvides una cosa: al acatar las órdenes de Ramshinor has desobedecido a Guduria. Más claro, en estos momentos estás fuera de la ley.

El oficial se impresionó al escuchar aquellas palabras.

—Uno tiene que ser disciplinado…

—Hasta cierto punto. Pero no perdamos más tiempo; empieza ya a trabajar. Salvo Ramshinor, el palacio debe quedar absolutamente desocupado.

El tono de voz de Berry era tajante, irrebatible. De un modo maquinal, el oficial se llevó la mano a la sien.

—He de suponer que actúas en nombre de Guduria —dijo.

—Es una mujer generosa y olvidará tu indisciplina, si haces puntualmente lo que te ordeno. Por más argumentos que haya alegado Ramshinor, en este planeta no hay nadie por encima de Guduria.

—Sí, señor.

Berry sonrió.

—Discreción y silencio —recomendó.

—Descuida, terrestre —contestó el comandante de la guardia.

Un cuarto de hora más tarde, varias decenas de hombres uniformados desfilaban en silenciosa, pero alegre procesión, acompañados de numerosos hombres y mujeres que no iban armados. Arriba, en las habitaciones que Guduria había ocupado hasta entonces,

Ramshinor vio la marcha de aquellas personas y se sintió repentinamente preocupado.

En unos instantes, comprendió la argucia de su enemigo. Furioso, quiso llamar por videófono al comandante de la guardia, pero no recibió la menor respuesta.

—Si me buscas, estoy aquí —sonó de pronto una voz a sus espaldas.

* * *

Ramshinor giró en redondo. Era un hombre alto, fornido, de abundante cabellera rojiza y barba corta del mismo color. Berry, al verlo, comprendió que se encontraba ante un sujeto de excepcional fuerza física, independientemente de su no escasa inteligencia.

—Eres muy listo, terrestre —dijo Ramshinor—. Pero hasta los más listos cometen graves errores.

—¿Por ejemplo...?

—Enfrentarte conmigo. Ese es tu error capital, terrestre.

—Posiblemente. Pero, en todo caso, estoy dispuesto a pagarlo.

Ramshinor avanzó un par de pasos. Sus manos se abrieron y cerraron convulsivamente.

—Voy a hacerte pedazos —anunció.

—¿Cómo a tu padre?

—¿Quién es el autor de esa inmunda calumnia? —bramó Ramshinor.

—Ramshill era un hombre que no había cumplido aún los sesenta años. Sin dificultad alguna, habría podido vivir sesenta o setenta más. Pero tú no podías esperar tanto tiempo, máxime cuando tu madrastra es una mujer de excepcional belleza. Además de reina de Zhor-Kii.

—Fue un accidente...

—Los investigadores oficiales resultaron demasiado... oficiales

—sonrió Berry—. Una investigación completamente imparcial hará saber de un modo definitivo si la muerte de tu padre fue accidental o se debió a un crimen. Opino, y no soy el único, que fue lo segundo.

—Nadie lo podrá demostrar…

—Veremos —contestó Berry, impasible—. Pero ahora me gustaría hacerte una pregunta. ¿Qué te traía de la Tierra aquel viajero que fue muerto por los aduaneros y que se llamaba Rupert von Hramenn?

La cara de Ramshinor se convulsionó de ira. Berry supo así que había hecho una pregunta terriblemente indiscreta, pero que no obtendría la respuesta que deseaba.

Ramshinor avanzó otro paso.

—Te voy a matar —gruñó.

—Debes saber una cosa —dijo Berry—. Hay una cámara que recoge fielmente las imágenes y los sonidos. En estos momentos, todos saben que tú mataste a tu propio padre, para casarte con su viuda.

Un horrible alarido brotó de la garganta del usurpador. Berry retrocedió casi a la carrera, hasta que su espalda chocó con el parapeto de la terraza.

Ramshinor se arrojó sobre él. En el último instante, Berry se inclinó y metió el hombro hacia adelante. Una fracción de segundo después, se irguió con súbito impulso.

Su adversario pesaba unos veinte kilos más, pero la pérdida del contacto de sus pies con el suelo resultó decisiva. Berry no tuvo que hacer otra cosa que aprovechar el impulso de Ramshinor.

Se oyó un espantoso alarido. Ramshinor voló por encima del parapeto de la terraza. El suelo estaba a sesenta metros más abajo.

Berry se volvió y sacó medio cuerpo fuera. Un grito se transformó de repente en un ruido espantoso de huesos rotos y carne machacada.

Unos segundos después, se volvió al interior y se acercó a la cámara oculta discretamente tras unas plantas de adorno.

—Estoy bien, Guduria —dijo.

—Por favor, ven pronto —llamó ella, apasionadamente.

* * *

Días más tarde, Guduria, convertida en una simple particular, se encaminó a la estación astroportadora, acompañada por Berry.

Había algunos viajeros delante de ellos. Mientras esperaban su turno, Berry asió con firmeza el brazo de la joven.

—Guduria, piensa bien en el paso que vas a dar —dijo.

Ella se volvió para mirarle, sonriente.

—Lo he pensado, querido —contestó—. Esto es algo que debí haber hecho ocho años antes. Ocho años perdidos, ¿comprendes?

—Tenemos tiempo de recuperarlos, Guduria, aunque antes de dedicarnos a la vida tranquila y apacible de un matrimonio bien avenido, tengo que hacer algo ineludiblemente.

—Te refieres al proyectado golpe de Estado sobre Kenitros.

—Sí. Mira, Guduria, sospecho que Ramshinor quiso dar el suyo aquí antes que en Kenitros, pero, sea como sea, algo le falló y tuvo que recurrir al chantaje directo sobre ti. Lo que no consigo explicarme es cómo fallaron sus planes.

—Tenía que «importar» veinte divisiones de mercenarios —dijo ella—. ¿Cómo podía conseguir el desembarco de un cuarto de millón de soldados bien entrenados y mejor pertrechados?

—Eso es lo que no acabo de comprender. No obstante, espero que Sybyla haya conseguido averiguar algo en la Tierra durante estas semanas.

—Es una muchacha encantadora —sonrió Guduria.

—Alguien le ha puesto los ojos encima —dijo él—. Y de sobra sabes que no hay nadie más que tú en el mundo para mí.

—Hace ocho largos años me salvaste de un grave peligro —recordó la joven—. Lo hiciste desinteresadamente y yo te pagué... despidiéndote como un empleado cuyos servicios ya no se necesitan.

—Te enamoraste de mí, ¿no? Además, me llamaste cuando me necesitabas otra vez. Es suficiente y no debes hacerte más reproches.

Guduria puso una mano sobre la que oprimía su brazo.

—Te compensaré sobradamente por los ocho años que hemos permanecido separados —aseguró con cálido acento.

Los altavoces pronunciaron los nombres de la pareja:

—Guduria Uhl-Shayr, Thor Berry, cámara astroportadora número dos.

Avanzaron juntos y entraron en el cubo de vidrio que les había sido asignado. La central de energía funcionó y sus cuerpos fueron lanzados al espacio a través de once años luz.

Unos minutos más tarde, se materializaron en otro cajón idéntico. Un empleado de la estación astroportadora receptora abrió la puerta.

—Bienvenidos a la Tierra, señores —saludó, cortésmente.

—Vuelves a casa, Thor —sonrió ella.

—Pero no solo —dijo Berry.

* * *

—He localizado la guarida del hiperdoctor Lettoiseul —dijo Sybyla.

—Son unas noticias estupendas —exclamó Berry.

—Todavía las tengo mejores. Kid ha terminado su aparato.

—Es un tipo magnífico. ¿Ha pedido su mano, Sybyla?

Ella rió argentinamente, a la vez que estiraba el brazo izquierdo.

—Pero ¿no ve mi anillo? ¡Ahora soy la señora Diller!

Guduria salía del baño en aquel momento.

—En cambio, ese hombre que está contigo, Sybyla, no ha dicho todavía una sola palabra de casarnos —se quejó.

—Ten paciencia, querida —dijo Berry—. Una boda es fácil.

Bastaría con que fuéramos a una máquina de casar y en cinco minutos seríamos marido y mujer,

Pero yo no podría dormir tranquilo sabiendo que tengo un problema que resolver.

—Y después vendrá otro y otro…

—Después vendrán un año o dos de luna de miel —afirmó él rotundamente—. Sybyla, ¿dónde está Kid? —preguntó.

—En su laboratorio, por supuesto. Cuando me enteré de vuestro regreso, vine corriendo a casa. Kid prefiere esperar allí.

—Iremos en cuanto Guduria esté arreglada. ¿Qué noticias hay de Lettoise?

—Ninguna. No ha vuelto a dar señales de vida. Pero no por ello nos fiamos, créame, Thor —declaró Sybyla.

—Eso es bueno. ¿Ha protegido Kid su laboratorio?

—Por supuesto. Creo, sin embargo, que nos espían constantemente, aunque no se atreven a atacarnos, sabiendo que la protección en torno a la casa podría matarles. El lugar, por otra parte, está relativamente habitado y un ataque podría despertar la alarma entre los vecinos.

—Hay una cosa que me gustaría saber —dijo Guduria—. ¿Qué clase de aparato es el que ha inventado tu esposo, Sybyla?

—Pregúntaselo a Thor —contestó la aludida.

—Pronto tendrás ocasión de saberlo —sonrió Berry—. ¿Están listas ya?

Las dos mujeres asintieron. Momentos después, el gravimóvil despegaba de la terraza del edificio.

Una hora más tarde, el aparato se posaba en la parte posterior de una casa de grandes dimensiones, aunque de una sola planta. Sobre el tejado, Berry divisó una curiosa antena, compuesta de un poste de unos diez o doce metros de altura y una rejilla poliédrica, de veinte caras. Kid Diller salió en persona a recibirles.

—Nos vigilan, Thor —dijo, después de los primeros saludos.

—¿Dónde están?

—Hay una colina a unos cinco kilómetros de distancia. Tienen un poderoso telescopio, con detector ultrasensible de sonidos, de modo que pueden captar todo lo que sucede aquí.

—¿No has encontrado ningún medio de contrarrestar ese espionaje? —preguntó Berry.

—Hay un emisor de interferencias, aunque no sé hasta qué punto puede resultar efectivo. Pero, al menos, tenemos la ventaja de que, cerrando las ventanas, no pueden ver lo que pasa dentro de la casa.

Berry sonrió.

—Lo contrario de lo que tú has conseguido, ¿verdad? —dijo.

Berry se acercó a una de las ventanas. Por medio de unos potentes prismáticos, situados sobre un trípode, pudo explorar el lugar donde se hallaban escondidos los espías.

—Sybyla— llamó de pronto—, ¿dónde está Thrimón?

—En la cocina, supongo. Es un hombre feliz desde que probó la comida terrestre.

—Bien, luego hablaré con él. —Berry abandonó el observatorio —. Kid, es hora de que nos hagas una demostración de tu TTV.

—¿Qué es eso? —preguntó Guduria, extrañada.

—Tele-televisión —contestó Berry—. Parece una redundancia, pero no hemos encontrado una palabra mejor para definir el aparato que ha inventado nuestro amigo.

—Vengan conmigo —dijo el aludido.

Momentos después, se hallaban en el laboratorio. Guduria divisó una gran mampara de cristal opaco, que cubría casi por completo una de las paredes. Al pie de la misma se veía una consola de control.

A la derecha había una pantalla de televisión de metro y medio de lado, con sus correspondientes controles, aunque mucho más complicado que los de los televisores corrientes. Diller se acercó a la primera consola y empezó a maniobrar en el teclado de mando.

—Sabemos exactamente las coordenadas de la situación que ocupa la fábrica de Lettoiseul —dijo—. Por tanto…

—Ah, es una fábrica —exclamó Berry.

—Al menos, tiene esa apariencia. Pero uno de los anejos está destinado al examen médico de los aspirantes a colonizadores. Van muchos, a veces, cien al día y hemos contado hasta cuatrocientos cincuenta en una ocasión.

—Sí, se ve que quiere resolver el problema demográfico, enviando gente fuera de la Tierra —comentó Berry irónicamente.

—Pues algo de eso debe de haber, porque tiene autorización para una astroportadora privada. De lo contrario, no se explicaría que ningún aspirante a colono vuelva a salir de ese edificio. O, por lo menos, los que salen son en tan ínfima cantidad, que no merece la pena mencionarlos.

—Sí, los rechazados por motivos sanitarios.

—Exactamente.

El mamparo de vidrio se iluminó. Guduria pudo ver un gran mapa, que mostraba una extensa región, escasamente habitada, según los signos gráficos. El mapa estaba cuadriculado por una retícula de malla muy fina. Uno de las cuadrículas brillaba fuertemente con luz ámbar.

—Ahí está la fábrica de Lettoiseul —dijo Diller.

—¿Es hermano de Roger? —preguntó Berry.

—Sí, sin dudas de ninguna clase.

CAPÍTULO IX

Desde la consola del mapa, Diller se fue a la del aparato de televisión, cuya pantalla se encendió instantáneamente. Guduria, asombrada, pudo ver una extensa serie de instalaciones, con edificios enormes, situado el conjunto en un amplio valle, protegido de los vientos del Norte por una larga cadena de montañas.

La imagen se agrandó de pronto. Diller hizo actuar la cámara sobre un determinado edificio, con aspecto de estar destinado a dirección y oficinas. El edificio aumentó de tamaño y, de pronto, apareció en la pantalla la imagen de un despacho en el que había dos hombres conversando.

—Roger y Georges Lettoiseul —indicó Diller.

—Fantástico —calificó Berry.

Diller alzó una mano.

—Calla, están hablando.

La voz de Roger sonó de pronto, clara y sin interferencias:

—Berry ha regresado —dijo.

—Una mala noticia, ¿no crees?

—Depende.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy seguro de que Berry daría algo bueno por saber lo que cocinamos aquí. ¿Por qué no le permitimos que venga, hermano?

—No quiero correr riesgos —gruñó el hiperdoctor Lettoiseul.

—Él es nuestro único riesgo, Georges —aseguró Roger—. Si no lo quitamos de en medio, todos nuestros planes se irán al diablo.

—A pesar de todo...

—Escucha, en Zhor-Kii fracasamos, pero no por nuestra culpa, sino por el mensajero, que se puso nervioso y se peleó con los aduaneros.

—Ese fracaso es nuestro. Debimos haber elegido un mensajero con nervios más equilibrados que los que tenía aquel maldito imbécil llamado Rupert von Hramenn.

—Como quieras, pero, de todos modos, Ramshinor ya había pagado por adelantado…

—Podíamos haber utilizado el contenido del maletín para otra ocasión. Eso nos habría ahorrado tiempo y dinero —se lamentó Georges.

—Tal vez, pero esas quejas ahora de nada nos sirven. Los dos planes son buenos y el único peligro está en Berry —insistió Roger.

—Si quieres atraerlo aquí, ¿cómo lo harás?

—Es bien sencillo. Hace unas semanas rechazamos su solicitud como colonizador. Basta que le enviemos una carta, diciendo que la negativa anterior se debió a un error. Vendrá dándose con los talones en las posaderas, créeme.

Guduria se sonrojó al escuchar una frase tan gráfica. Berry, por el contrario, lanzó una sonora carcajada.

—Cállate —dijo ella—. Te van a escuchar…

—No tengas cuidado —sonrió Berry—. Bien, puesto que quieren que vaya allí, esperaré a que me envíen la carta. Pero, por lo que hemos oído, Kid, su vigilancia sobre tu laboratorio no les ha servido de nada.

—No, no creo que sepan nada acerca del TTV —contestó Diller.

—Descubrirán la cámara oculta y así se enterarán de que les hemos espiado —dijo Guduria.

Berry se volvió hacia la joven.

—Eso es lo que no puede suceder —declaró—. Tele-televisión significa ver y oír a distancia, sin necesidad de emplear una cámara emisora de imagen y sonido. El invento de Kid lo permite, simplemente con conocer exactamente las coordenadas del lugar que se quiere contemplar.

Guduria se sentía pasmada.

—¿Quiere eso decir… que pueden espiar a cualquiera, esté

donde esté? —dijo.

—Exactamente —corroboró Sybyla—. Tengo un marido que es un genio, además de un hombre cariñoso como pocos.

—¿A cuántos pocos has conocido tú? —preguntó Diller con sorna.

Berry se echó a reír.

—Es una buena pregunta, pero una dama no debe contestar nunca nada sobre sus anteriores pretendientes —dijo—. Kid, enfoca ahora tu cámara hacia el edificio de recepción de colonos.

—Lo siento. No he conseguido ver nada —respondió Diller.

—¿Cómo?

—Ya lo has oído. Los Lettoiseul tienen ese edificio protegido con toda clase de interferencias. Quizá sospechan que alguien puede un día instalarles alguna cámara oculta y se previenen contra ese peligro. En su despacho, sin embargo, la protección es mínima y por eso hemos podido verles y escuchar su conversación.

—Eso me preocupa, Kid.

—Y a mí, Thor.

—No se olviden de mí —dijo Guduria—. ¿Qué pasará si Thor va al centro de recepción de colonos del espacio?

Berry meneó la cabeza.

—Eso no lo sabremos hasta que esté allí —dijo. De pronto, sacó algo del bolsillo—, Kid, examina esto por el microscopio y dame un informe completo lo antes posible. Toma fotografías y amplíalas al máximo.

Diller contempló atónito el trocito de metal que le entregaba su amigo.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Es lo que sabremos cuando hayas hecho un análisis completo —respondió Berry—. Sybyla, ¿quieres llamar a Thrimón, por favor?

—Sí, ahora mismo —dijo la aludida.

Thrimón se presentó a los pocos momentos con una pata de

cordero a medio consumir.

—Soy tu obediente servidor —dijo, con la boca llena.

—Se vive bien en la Tierra, ¿eh? —sonrió Berry, a la vez que palmeaba las enormes espaldas del gigante—. Termina ese «bocadito» y ven conmigo; de cuando en cuando, te toca hacer algún trabajo.

—Si lo que vamos a hacer es dar un susto a los espías de la colina, puedo terminar de comer mientras vamos allí —dijo Thrimón.

—Chico listo —elogió el detective espacial—. Está bien, aguárdame aquí, Guduria.

Los dos hombres echaron a andar tranquilamente fuera de la casa, aunque procurando seguir una ruta que les ocultase a los ojos de los espías. Mientras caminaban, Berry dio determinadas instrucciones a su colosal acompañante.

Thrimón aprobó la idea con un gruñido.

—Va a resultar muy divertido —dijo.

El gigante parecía un hombre lento, pero podía correr como un gamo cuando la ocasión lo necesitaba. Berry, por su parte, aprovechó las cualidades polimórficas que poseía para transformarse en un veloz remolino de viento apenas visible.

Un cuarto de hora más tarde, Thrimón se hizo visible a espaldas de los observadores de Lettoise.

—Hola —dijo.

Los espías eran dos. Además del telescopio y del detector de sonidos, ambos ultrasensibles, disponían de una diminuta emisora de televisión. Antes de que tuvieran tiempo de reaccionar, Thrimón alzó la enorme piedra que había llevado consigo y la arrojó contra la emisora, que quedó hecha pedazos inmediatamente.

Los espías sacaron a relucir sendas pistolas.

—Ahora verás —dijo uno de ellos.

—¡Eh! —sonó de pronto una voz a sus espaldas—. ¿A cuántos creéis que podéis matar antes de que os destrocemos?

La pareja de observadores se volvió. Estupefactos, vieron a cuatro pasos de distancia a un perfecto doble de Thrimón, que sonreía burlonamente.

Otro gigante apareció un segundo después, a la derecha de los espías.

—¡Atiza! —dijo uno de los observadores—. ¡Son trillizos!

—¡No, cuatrillizos! —exclamó el cuarto Thrimón, haciéndose tan súbitamente visible como si acabara de surgir del suelo.

—¿Olvidas que mamá tuvo quintillizos? —dijo de pronto el gigante número cinco.

—Hermanito, no sabes contar. Nacimos seis del mismo parto...

—¡Siete! —dijo el séptimo.

—¡Ocho! —gritó el octavo.

Los espías, aterrados, no sabían a qué carta quedarse. Uno de ellos, de pronto, se desmayó.

El otro tiró la pistola y se cubrió la cara con las manos.

—Por lo que más quieran, no me maten...

De pronto sintió una mano que le tocaba en el hombro.

—Amigo... —oyó una voz cordial.

El espía miró a través de los dedos de sus manos.

—¿Qué... qué es lo que quieren?... —balbució.

—Lettoise les contrató para vigilar el laboratorio del ingeniero Diller, ¿no es así?

—En... en efecto...

Berry sacó un pequeño fajo de billetes del bolsillo.

—Váyanse los dos —ordenó—. No vuelvan más por aquí, no informen a Lettoise de lo que ha pasado. Si tienen memoria, recordarán lo que hizo mi amigo con los dos que acompañaron a Lettoise a casa de la señora Halman.

Los ojos del espía se dilataron de terror al contemplar a Thrimón a pocos pasos de distancia.

—Puede estar seguro de que no volveremos más por aquí ni veremos ni hablaremos jamás a Lettoise —juró, a la vez que se apoderaba del fajo de billetes.

Berry soltó una risita. Estaba seguro de que Lettoise no enviaría ya más espías a la colina.

* * *

La carta llegó en el correo, dos días más tarde. Berry la leyó y sonrió satisfecho.

—¡Guduria! —llamó.

—Estoy bañándome —contestó ella—. ¿Sucede algo?

—Me aceptan como colonizador del espacio.

Sonó un grito. Berry vio a Guduria instantes más tarde, cubierta con una bata de baño. Sus pies marcaban con húmedas huellas el pavimento de la casa.

—Sabía que sucedería —dijo, mientras ponía sus manos en los hombros de Berry—. Esperaba este momento…, pero nunca creí que llegase.

Berry la besó suavemente en una mejilla.

—Cariño, tengo que ir —dijo.

Los ojos de Guduria se llenaron de lágrimas.

—No dejé mi planeta y mi trono para casarme con un aventurero que nunca está quieto en casa —se lamentó.

—En primer lugar, no nos hemos casado aún, y tú sabes bien los motivos. Quiero tranquilidad, quiero estar a tu lado constantemente, sin necesidad de dejarte…, pero esto no podrá ser hasta que no haya terminado la labor que me encomendó la señora Diller. Y en segundo lugar, esa tarea, recuérdalo, fue precisamente por tu recomendación.

—Ahora lo lamento…

—Eres una egoísta. Zhor-Kii está en paz y a salvo de golpes de Estado. ¿No te parece que debo procurar que ocurra lo mismo en Kenitros?

Guduria escondió su cabeza en el pecho del hombre amado.

—Lo sé..., pero, a pesar de todo, querría tenerte siempre junto a mí...

—No pasará mucho tiempo sin que vuelva a tu lado, para no separamos jamás —aseguró él.

Aquella misma mañana, Berry acudió a la dirección indicada en la carta, un edificio discreto situado en un lugar no demasiado concurrido de la capital. Un empleado de aire aburrido examinó la carta que servía como aceptación de sus servicios como colono del espacio.

—De modo que usted es Dick Slade —dijo el empleado.

—Sí, señor.

Era el seudónimo que Berry había decidido emplear. Demasiado sabía que los dos hermanos estaban enterados de sus propósitos. Dick Slade era el nombre que Berry había utilizado en la ocasión anterior, cuando su primera solicitud fue denegada.

Había que cubrir las formas, se dijo. Y también se preguntó si los hermanos Lettoiseul estaban enterados de sus facultades polimórficas.

El empleado le presentó un contrato, que incluía un largo formulario. Berry lo llenó con ayuda de una máquina de escribir que funcionaba por impulsos sonoros. Firmó y devolvió los papeles al empleado.

—Siéntese ahí. Pronto le llevarán al centro de reconocimiento sanitario. El contrato quedaría nulo automáticamente, si los médicos consideraran deficiente su estado de salud.

—Sí, señor.

Berry esperó pacientemente cosa de una hora. Dos sujetos vinieron poco después.

—¿Hay muchos clientes? —preguntó uno de ellos.

El empleado señaló a Berry.

—Se llama Slade —dijo, lacónico.

—Vamos, tú —ordenó uno de los recién llegados.

Berry obedeció mansamente. Momentos después, embarcaba en un gravimóvil, del que su experta mirada le dijo era del tipo

subespacial y de alta velocidad.

El aparato se puso en marcha. Apenas estuvo fuera de la atmósfera, cosa que tardó muy pocos minutos, adquirió una velocidad terrible, que le llevó a recorrer varios miles de kilómetros en menos de una hora.

El aparato aterrizó lentamente, frente al edificio que el TTV de Diller no había podido traspasar. Berry se dio cuenta de que el piloto había emitido una señal de identificación, que había permitido al aparato franquear las barreras de protección sin el menor inconveniente.

—Síganos —dijo uno de sus acompañantes.

Berry caminó hacia el edificio. Una puerta se abrió en uno de sus muros metálicos y un hombre con bata blanca apareció en el umbral.

—Un colono más, doctor Eghino, Se llama Slade.

—Bienvenido, Slade —sonrió el médico—. Entre, por favor, vamos a hacerle el primer reconocimiento.

CAPÍTULO X

Berry entró en el edificio. Estaba seguro de que iba derecho a una trampa. Sin embargo, consideraba que debía seguir adelante. En último caso, si el apuro era extremo, usaría sus facultades polimórficas.

En unión del doctor Eghino atravesó un pequeño vestíbulo. Después pasaron a una sala de regulares dimensiones, en donde había numerosos bancos, indudablemente destinados a permitir una cómoda espera de los aspirantes a colonos del espacio.

Al fondo divisó lo que parecía un largo cajón de sección cúbica, que tenía una puerta de algo más de dos metros de altura. El techo de aquel extraño cajón era inclinado y acababa en el suelo, a ras de la pared opuesta a la entrada. A Berry le recordó el acceso a un sótano, si bien era preciso admitir que, en tal caso, la escalera que se hundía en el subsuelo era de peldaños muy largos, de modo que la pendiente resultaba poco acusada.

—Entre ahí —indicó el galeno.

Berry obedeció. El doctor Eghino cerró la puerta a sus espaldas.

«Ya he caído en la trampa», pensó Berry.

—Slade —llamó Eghino.

—Dígame, doctor.

—Me oye bien, ¿no es así?

—En efecto, doctor.

—Bien, camine lentamente. Los aparatos le reconocerán automáticamente, mientras anda, sin prisas, despacio, como si estuviera dándose un paseo apacible por un parque, leyendo un periódico al mismo tiempo.

—Está bien, doctor, pero no veo luz...

—La verá dentro de unos segundos. ¡Camine, Berry!

«Bueno, ya se han quitado la máscara», se dijo.

Rompió la marcha, mientras notaba un ligero hormigueo en el cuerpo, que estimó debido a la acción de las emisiones de las máquinas de reconocimiento sanitario. Diez pasos más adelante, vio a lo lejos un puntito de luz.

Caminó en aquella dirección con el ritmo indicado por el doctor Eghino. El punto de luz aumentó gradualmente, hasta que Berry pudo darse cuenta de que era una puerta.

Aquella puerta, sin embargo, parecía estar a enorme distancia. Pero no era más que una ilusión óptica. Cinco minutos después de haber entrado, franqueó el umbral.

Entonces vio un cartel indicador: «Use el automóvil situado a la derecha. Es un vehículo eléctrico terrestre, no aéreo. Siga puntualmente las indicaciones que encontrará en su camino.»

Berry se sentó en el coche. El manejo no podía ser más sencillo; una sola palanca bastaba para todo: acelerar, frenar y guiar a derecha o izquierda, más la marcha atrás. Conocía bien aquellos vehículos y tocó la palanquita de contacto. Inmediatamente, se encendió la luz que señalaba que los generadores estaban dispuestos para suministrar fuerza al automóvil.

Empujó la palanca hacia adelante. A los cien metros, divisó un cartel: «Thor Berry, su cifra de identificación es F-0-400. Apréndala de memoria. Los sucesivos indicadores le señalarán su ruta.»

Berry sonrió para sí. ¿Adónde le llevaban los hermanos Lettoiseul?

El camino era relativamente liso y el coche se movía sin dificultades. Varios postes indicadores más le marcaron el camino, evitando todo posible error. De pronto, vio a lo lejos a todo un regimiento de soldados, ensayando un desfile de honor.

Un poco más allá divisó varias baterías de cañones clásicos, cuyo calibre estimó en un 105 de tiro acelerado. Los artilleros se movían con rapidez, en torno a las piezas, haciendo ejercicios con lo que Berry estimó obuses auténticos. Había, al menos, una veintena de cañones, pero no eran los únicos, porque un poco más lejos divisó dos baterías pesadas de 240 mm.

También pudo ver varias baterías lanzacohetes. No cabía la menor duda: estaba en el campo de entrenamiento de los mercenarios que distintos sátrapas del espacio contrataban para sus golpes de Estado. El movimiento era continuo, pero ninguno de aquellos

soldados pareció reparar en el automóvil que rodaba sobre una carretera paralela al extenso campo de maniobras.

Cinco kilómetros más adelante, Berry encontró un nuevo indicador: «Apéese y aguarde instrucciones. En su coche hay un transmisor de radio. Conéctelo para recibir instrucciones.»

Berry obedeció y saltó al suelo. En el asiento posterior del vehículo divisó un rifle automático. Curioso, lo examinó. Estaba cargado y parecía en buen estado de funcionamiento. Al lado había una cartuchera con una docena de peines, de veinte balas cada uno. El instinto le hizo apoderarse de la munición, así como de la cantimplora que vio junto al fusil.

De repente, oyó un ruido extraño, un tableteo muy acelerado, una especie de castañeteo rapidísimo, que sonaba a pocos pasos de distancia.

Giró en redondo, con el rifle a punto y el dedo en el gatillo. Espeluznado, se preguntó de dónde habría podido salir aquella gigantesca hormiga, cuya cabeza se movía a casi cuatro metros de distancia del suelo.

Las antenas del descomunal insecto se movían rápidamente, frotándose la una con la otra y aquello era lo que producía el sonido de tableteo que había captado Berry. Dadas las proporciones de altura, su longitud no podía ser inferior a los diez o doce metros.

La hormiga parecía dispuesta a llevárselo a su hormiguero. O tal vez se lo comería allí mismo, cosa a la que, naturalmente, Berry no estaba decidido. Apuntó con cuidado y disparó de una sola ráfaga los veinte tiros del cargador.

La cabeza voló en repugnantes pedazos. Las patas se doblaron y el cuerpo de la hormiga se apoyó en el suelo.

Berry se enjugó el sudor de su frente con una mano. Rápidamente, cargó el fusil y miró a todas partes, para ver si aparecían más hormigas, pero el horizonte, por el momento, parecía despejado.

De pronto se dio cuenta de que había plantas que no conocía. Algunas de ellas parecían árboles de una sola hoja, muy altas, de varias decenas de metros. Aquellas plantas, sin embargo, eran más bien escasas.

El suelo aparecía casi limpio de piedras y tenía una coloración

gris que no parecía natural. ¿Adónde había ido a parar?, se preguntó.

La radio del coche sonó de pronto:

—¡Berry! ¿Está ahí? Soy Lettoise, contésteme, por favor.

Berry saltó hacia el automóvil y se apoderó del micrófono.

—¿Dónde está usted, Roger? —preguntó.

Sonó una risita burlona.

—Aquí, sobre usted, divirtiéndome con sus apuros —contestó Lettoise—. Naturalmente, le hablo por la radio; de otro modo, no podría soportar el trueno de mi voz.

—¿Cómo dice? Roger, no le veo por ninguna parte...

—Levante la cabeza, hombre.

Berry obedeció. A unos doscientos metros de altura divisó un colosal disco transparente, que medía más de quinientos metros de diámetro, sostenido por un pedestal de incalculables dimensiones, cuya base se perdía en el horizonte.

Algo enorme llenaba parte del cielo. Pero Berry no se fijó en aquella inmensa nube de extraño color, sino en el colosal ojo que veía al otro lado del cristal, y cuyo diámetro aparente calculó en no menos de cuatrocientos metros.

Lettoise rió de nuevo.

—No, no está viendo a un gigante —dijo—. Es usted el que ha sido reducido de tamaño... ¡A la milésima parte de sus dimensiones naturales!

Berry sintió que perdía el aliento durante unos segundos. Ahora comprendía el tamaño elefantiásico de la hormiga. El insecto medía normalmente unos cuatro milímetros de altura por diez o doce de longitud. Pero él, al ser reducido a la milésima parte de su tamaño, medía ahora un milímetro y ochenta y cinco centésimas de altura.

Lettoise rió de nuevo.

—Es como verle a través de un microscopio —dijo—. Divertido, ¿eh?

Berry se esforzó por mantener la serenidad.

—Roger, apostaría algo a que esto tiene mucho que ver con la micronía —dijo.

—Sí, justamente. Es la obra de mi hermano, secundado por mí y varios incondicionales más, todo hay que decirlo. Fantástico, ¿no cree?

—Empiezo a comprender cómo llegaban los mercenarios a los planetas donde se producían golpes de Estado. ¿Acaso en un maletín, como el que se perdió en Zhor-Kii, cuando enviaron a un mensajero falto de paciencia y sobrado de genio, como Von Hramenn?

—Fue un notable contratiempo, aunque, por fortuna, ya se habían percibido las sumas estipuladas. Pero puede que más adelante surja en Zhor-Kii otro tipo ambicioso de poder.

—Sobre todo, ahora que Guduria ha abdicado.

—Por amor a un hombre. ¡Qué historia tan romántica! Berry, francamente, siento una terrible envidia de usted.

—¿Por qué no hablamos de usted y de su hermano Georges? Cuénteme, ¿cómo se les ocurrió la idea?

—Bueno, Georges ya había hecho muchos experimentos de reducción de tamaño con seres vivientes. Por supuesto, también con objetos de toda clase: nuestra reductora micrónica no hace distingos a la hora de funcionar. Naturalmente, podemos reducir el tamaño del objeto —persona, animal u objeto—, al que nos conviene. Incluso, si quisiéramos, podríamos hacer que usted perdiese todavía más estatura, es decir, reducirlo a la diezmilésima parte de su tamaño normal. Pero eso podría crearnos serios trastornos —de hecho, en los experimentos vimos que la reducción a la diezmilésima presentaba notables inconvenientes—, por lo que acordamos que la milésima parte era más que suficiente.

—Como en mi caso.

—Justamente.

—Y como los soldados que he visto entrenándose.

—Exacto, Thor.

—Muy astutos. Así pues, un maletín, debidamente acondicionado, puede contener varios millares de soldados pertrechados para el combate.

—Así lo hacemos. ¿Sabe? El maletín de Von Hramenn medía unos sesenta centímetros de largo, por diez de ancho y cuarenta de alto. Aunque parezca mentira, el volumen interior es de veinticuatro millones de milímetros cúbicos.

—Suficiente para un ejército de veinte divisiones, con sus pertrechos, tren de acompañamiento y demás.

—Así es, Thor. Pero aquel imbécil de Rupert se dejó... Bueno, será mejor que no hablemos de semejante idiota.

—No, no hablemos más de él. Oiga, Roger, ¿qué hacen con esas veinte divisiones cuando llegan a su destino?

—Verá, ya hemos instalado en el punto de destino, naturalmente, por gentes de toda nuestra confianza, unas que podríamos llamar puerta, mediante cuyo cruce, los cuerpos reducidos a la milésima parte de su tamaño natural recobran sus dimensiones normales. Por supuesto, esas puertas están instaladas en lugares no accesibles al público, aunque sí a los ayudantes principales. ¿Va comprendiendo cómo marcha el asunto?

—Sí, y ello explica, por ejemplo, que Ramshmor pagase diez mil millones de UMT por un ejército de mercenarios.

—Sí, los gastos son elevadísimos; todo hay que decirlo.

—Pero los beneficios compensan.

—Por ahora, podría decirse, apenas si cubrimos gastos. No es que no obtengamos beneficios, pero preferimos invertir la mayoría en acciones para el futuro.

Berry oyó aquellas palabras y sintió un ligero vértigo al presentir más que adivinar su significado.

—El Megasistema es muy grande, pero ustedes pretenden convertirse algún día en sus dueños —dijo.

Sonó una leve risita.

—¡Qué listo es usted, Berry! —contestó Roger—. Los políticos ambiciosos que contratan nuestros «servicios» no se han dado cuenta todavía del error que han cometido. Un día, tal vez..., pero ese día ya será tarde.

—En cada planeta han situado y piensan situar su correspondiente ejército de mercenarios.

—Exacto.

—Pero esos soldados pueden rebelarse un día… Acuérdese, por ejemplo, de lo que le sucedió a Ramón Rómulo.

—Sí, cometió un error, al traer una tarjeta postal sin pasarla por la previa censura. Tal vez es que nuestro sistema de robotización de los supuestos colonos no funcionó bien en él o en Mac Iver. Estamos tratando de subsanar ese defecto.

—¿Ha dicho robotización? —exclamó Berry.

—¡Claro! De este modo se consigue que los soldados presten una obediencia absoluta, dentro de una relativa discreción, a sus oficiales, éstos a sus jefes superiores y éstos, a su vez, a los generales, quienes, por su parte, obedecen ciegamente las órdenes del general en jefe de cada ejército.

—¿Y el general en jefe…?

—Nos obedece a nosotros, porque tiene instrucciones precisas sobre su comportamiento, si bien, por supuesto, acata las órdenes emanadas del nuevo gobierno. Siempre que no choquen con nuestros planes, y eso no suele suceder, porque los que nos contrataron saben que podríamos derrocarlos, si se enfrentasen con nosotros. Berry, hay gente capaz de las mayores abyecciones por conseguir el poder, créame.

—No me lo jure —contestó el detective, irónicamente—. Y dígame: ¿también yo he sido robotizado?

—¿Para qué, si va a morir? —fue la sorprendente respuesta de Roger Lettoiseul.

CAPÍTULO XI

El intervalo de silencio que siguió a las últimas palabras de Lettoiseul fue muy breve.

—¿Cómo se produce la robotización de sus colonos? —preguntó Berry.

—Por medio de radiaciones que influencian el cerebro y lo condicionan para la obediencia absoluta —respondió Roger—. Ese procedimiento se realiza durante el proceso de disminución de tamaño. Lo que sucede es que el doctor Eghino desconectó el emisor de radiaciones mentales para usted... y para la mujer que va a morir a su lado.

—¡Qué! —gritó Berry—. ¿Se refiere a Guduria?

—Mírela, allí viene.

Berry volvió la cabeza. Un coche se acercaba rápidamente a aquel lugar, ocupado por una sola persona. La frondosa cabellera de Guduria se había soltado y ondeaba libremente al viento producido por la marcha del vehículo.

Guduria frenó instantes después y saltó del coche, para correr a los brazos de Berry.

—¡Thor! —gritó—. Menos mal que te he encontrado... Temí lo peor..., pero ahora me siento mucho más tranquila a tu lado...

—Una escena enternecedora —comentó Roger, burlonamente.

Ella miró a todos los lados, sujeta aún por los brazos del joven.

—¿Quién es? ¿Desde dónde nos hablan? —exclamó.

—Te lo explicaré en seguida —respondió él—. Roger, ¿puede decirnos, al menos, qué género de muerte nos destina?

—Lo sabrán muy pronto —contestó Lettoiseul—. Pero no me negarán mi carácter compasivo. Sabía que les gustaría morir juntos y no he querido negarles ese último deseo.

—¡Escuche! —gritó Guduria—. Si cree que voy a mostrar

signos de debilidad o de temor, está equivocado, sea quien sea. Junto a Thor no tengo miedo a la muerte…

—¡Qué maravilla! ¡Qué amor tan intenso! —se burló Lettoiseul —. Ah, si yo encontrara una mujer como usted, Guduria… Pero en eso he tenido siempre muy mala suerte…

—Está bien. Empiece cuando quiera —desafió la joven.

—La cosa no tardará mucho en empezar. Como pueden comprender, yo no voy a tocarles siquiera; otros se encargarán de ello. Berry, le diré que había pensado en cierta ocasión en nombrarle comandante en jefe de uno de nuestros ejércitos, pero sospeché que la robotización no afectaría a su cerebro. Es preferible acabar, ¿comprende?

—Sí —contestó el detective—. ¿Cuándo, Roger?

—No pasará un minuto. Adiós —se despidió Lettoiseul.

Sonó un *«click»*. Berry se dio cuenta de que Roger había desconectado el transmisor de radio.

—Thor, ¿dónde estamos? —preguntó Guduria.

—Mejor que eso, pregúntate cómo estás —dijo él—, ¿No has notado nada de particular, Guduria?

—No. Dos hombres fueren a casa y dijeron que venían para llevarme contigo. Me recibió un tal doctor Eghino…

—Y te hizo pasar por lo que parecía la entrada a un subterráneo.

—Sí, exactamente.

—No hay tal entrada a un subterráneo. Es un reductor de dimensiones. Ahora, tanto tú como yo, estamos reducidos a un tamaño que es la milésima parte del natural. Mientras yo mido un milímetro y ochenta y seis centésimas, tú debes andar por el milímetro y setenta y tres centésimas.

Guturia le miraba con los ojos muy abiertos, como si se negase a creer en lo que estaba oyendo.

—Pero eso… eso es…

—Total y absolutamente real. ¡Mira! —señaló él de pronto, con la mano tendida hacia el cadáver de la hormiga—. Parece un insecto

gigante, pero, en realidad, su tamaño es el normal.

Guduria sintió que la cabeza le daba vueltas.

—¿Y hemos de permanecer siempre así? —preguntó.

Berry no tuvo tiempo de contestar. Un extraño sonido se oyó de pronto a lo lejos, acercándose a aquel lugar con sorprendente rapidez.

Era un silbido de tonos muy agudos que, repentinamente, se transformó en un horrendo trueno, a la vez que, a ciento cincuenta pasos de distancia, se elevaba a lo alto un colosal chorro de humo y tierra.

En un instante comprendió Berry las intenciones de Roger. Él no les tocaría, ciertamente, pero sus artilleros mercenarios sembrarían de granadas el lugar en que se hallaban.

—¡Ven, Guduria! —gritó—. Escapemos de aquí.

Ella le siguió hasta el coche. Berry se sentó tras el volante, justo cuando el segundo proyectil explotaba con horrísono estruendo a cien pasos de distancia.

El coche no se movió. Berry se dio cuenta de que Lettoiseul había bloqueado el generador que lo hacía funcionar.

Dos o tres granadas más estallaron, acercándose cada vez más a ellos. Berry probó con el coche que había traído Guduria, pero sus esfuerzos resultaron inútiles.

—¡No podemos seguir aquí! —gritó—. ¡Hemos de escapar; los coches son un magnífico punto de referencia para los directores de tiro!

Con las manos juntas, corrieron desesperadamente, alejándose de aquella zona. Berry no había olvidado el fusil automático ni la cantimplora, únicas armas con que contaba para defenderse de un hipotético ataque de la infantería mercenaria.

De repente divisó una grieta en el suelo.

—¡Aquí! —dijo.

Con respecto a su tamaño actual, la grieta era estrecha y profunda, pero Berry se dio cuenta de que, en circunstancias ordinarias, apenas habría sido visible a ojo desnudo. No obstante, era

el único refugio de que disponían por el momento.

Apenas estuvieron en el fondo, les pareció que el infierno se desencadenaba sobre ellos.

* * *

—Los proyectiles son ahora microscópicos porque han sufrido el mismo proceso de reducción de tamaño que las personas, pero si nos alcanza de lleno un obús, volaremos hechos pedazos —dijo Berry, en un pequeño claro del bombardeo.

—Pero ¿cómo lo han conseguido ellos? —preguntó Guduria, acurrucada en el suelo y estrechamente pegada a Berry.

—Georges Lettoiseul es único en su especialidad de la micronía —contestó él—. Lo que más me fastidia —añadió—, es que Roger debe de estar muriéndose de risa al contemplarnos con su lupa.

—¿Tú crees, Thor?

—Sí, la vi perfectamente y me pareció que estaba a cientos de metros de altura, pero, probablemente, no se halla más que a unos pocos decímetros del suelo.

Este, desde luego, es cemento, alguna carretera o camino situado en el interior de las instalaciones de esos dos ambiciosos, pero he visto tierra natural a lo lejos. Ahí es donde los mercenarios realizan sus ejercicios de entrenamiento.

—Pero ¿cómo es posible?... Yo también he visto miles de soldados, decenas de piezas de artillería, baterías lanzacohetes...

—Querida, en nuestro tamaño actual, un ser humano, en pie, ocupa apenas la cuarta parte de un milímetro cuadrado. Si tienes en cuenta que un metro cuadrado tiene un millón de milímetros cuadrados, puedes imaginarte que sólo con cuatro o cinco metros cuadrados, los hermanos Lettoiseul cuentan con un magnífico campo de maniobras para sus mercenarios.

—Entonces, así es como los llevaban a Zhor-Kii...

—Y a los anteriores planetas en que se produjeron golpes de Estado —contestó él—. Bastaba un pequeño maletín, convenientemente acomodado en su interior, para transportar sin

dificultad a un cuarto de millón de soldados, con todos sus pertrechos.

—Eso es lo que le extrañaba a Kid —dijo Guduria.

—¿Cómo?

—Me llamó por videófono poco antes que vinieran a buscarme los mensajeros de Lettoiseul, y me mostró una fotografía ampliada del trozo de metal que le diste para su análisis. Kid jura que había restos de camarotes microscópicos, literas, cuartos de aseo..., pero no sabía quién ni cómo había podido miniaturizar lo que parecía el interior de un cuartel.

—Fue el hiperdoctor Lettoiseul —dijo Berry, amargamente—. Y en la aduana de tu astropuerto, doscientos cincuenta mil hombres, tal vez en estado de suspensión animada, murieron de un solo disparo.

—Es horrible —murmuró ella—. Pero nosotros tenemos un medio de salvación, Thor —exclamó de pronto.

—Si te refieres al polimorfismo, olvídalo, querida.

—¿Has... probado?...

—Sí, hice un intento, mientras conversaba con Lettoiseul, pero resultó inútil. Por lo visto, la reductora dimensional anula en nosotros esas facultades.

Ella se mordió los labios. Quiso hablar, pero, de repente, los cañones hicieron fuego nuevamente.

El martilleo de la artillería fue mucho más intenso que en la ocasión anterior. Hubo momentos en que ninguno de los dos creyó sobrevivir, pero, finalmente, cesó el fuego de los cañones y la atmósfera empezó a aclararse.

Entonces Berry se incorporó un poco. Guduria se puso en pie también. Sus cabezas rebasaban apenas el borde de la grieta.

Berry buscaba con la vista un lugar más seguro. Pero antes de que pudiera conseguir nada efectivo, Guduria lanzó un agudo grito:

—¡Mira, soldados!

Berry volvió la cabeza. A unos quinientos pasos de distancia, largas hileras de soldados armados avanzaban con la misma disposición que si se aprestasen al asalto de una posición enemiga.

Pero en la posición que aquellos soldados se disponían a

conquistar no había más que dos defensores.

Berry contempló con tristeza la única arma de que disponía. Podría abatir a unos cuantos mercenarios, pero, inevitablemente, el número actuaría en contra de ellos. Roger, pensó, lo había calculado todo bien. Habían podido sobrevivir a dos bombardeos artilleros; sin embargo, no saldrían vivos del ataque inminente de los soldados.

Súbitamente, algo cambió la situación.

Una hormiga gigantesca apareció a cien pasos por delante de los primeros atacantes. Estos, asombrados, se detuvieron al contemplar a la que ahora era para ellos una bestia de dimensiones apocalípticas.

Más hormigas surgieron por la boca del hormiguero.

—Algo las ha enfurecido —supuso Guduria.

—El bombardeo —dijo Berry.

Los insectos se lanzaron al ataque. Sorprendidos, los soldados vacilaron. Algunos abrieron fuego con sus fusiles y destrozaron algunas hormigas, pero los insectos se hacían cada vez más numerosos. En aquel hormiguero subterráneo podía haber dos o tres mil hormigas, calculó Berry, lo cual representaba demasiado para la fuerza atacante, cuyo número no superaba el correspondiente a un par de batallones.

Por otra parte, supuso, las hormigas veían en aquellos seres unos enemigos a los que debían exterminar. Tal vez en el hormiguero era la época de incubación o de cuidado de las crías y las hormigas defendían a sus descendientes.

—Por otra parte, ellas no han perdido su tamaño —dijo Berry.

Los mercenarios dieron media vuelta y se retiraron a la carrera, perseguidos por cientos y cientos de furiosas hormigas. La artillería tiró, formando un fuego de barrera, que resultó nulo ante la ferocidad de los insectos.

—Vamos —dijo Berry, a la vez que tiraba de la mano de Guduria.

—¿Adonde? —preguntó ella.

—El hecho de que hayamos perdido tamaño no significa que, en el resto del mundo, se hayan alterado también las condiciones

naturales. Pronto oscurecerá —respondió Berry, significativamente.

CAPÍTULO XII

El rodeo que se vieron obligados a dar les había fatigado considerablemente. Habían pasado ya de las cuatro de la madrugada cuando llegaron al pie del edificio donde estaba Instalada la reductora dimensional.

—¿Y ahora? —preguntó Guduria.

—Todo se reduce a encontrar la puerta de entrada, que antes fue de salida —contestó Berry.

—Pero no creo que la máquina esté en continuo funcionamiento...

—La haremos funcionar.

Guduria se sintió íntimamente tranquilizada. Había seguridad y firmeza en la voz masculina. Lo que le dijo, mejor que todas las palabras, la seguridad en la vuelta a su estado normal.

El edificio le pareció altísimo. La pared parecía perderse en el cielo, iluminado por la luna en creciente.

—Es lógico —dijo Berry, cuando ella comentó el detalle—. El edificio, calculo, debe tener unos diez metros de altura o diez mil milímetros. Dado nuestro tamaño actual, ahora nos parece que tenga entre cinco y seis mil metros de altura.

Guduria comprendió la lógica del argumento. De pronto oyó una exclamación:

—¡Aquí!

Ella corrió hacia el lugar donde se hallaba Berry. La puerta se divisaba con toda nitidez a la luz de la luna.

—Está cerrada —dijo Guduria, cuando vio que Berry empujaba para abrirse paso.

Los esfuerzos resultaron inútiles. Berry retrocedió unos pasos y buscó por el suelo.

A los pocos momentos encontró una piedra enorme. En

realidad, era un simple granito de arena, pero le pareció que tenía un peso de sesenta o setenta kilos. No obstante, sus fuerzas físicas se conservaban intactas, aunque adecuadas a su actual envergadura.

Levantó ambos brazos. Tomó impulso y el granito de arena voló contra la puerta, que saltó en el acto con tremendo crujido.

—Lo habrán oído —dijo Guduria, aprensiva.

Berry lanzó una risita.

—¿Desde su tamaño normal, mil veces superior al nuestro? Anda, vamos —exclamó, a la vez que se apoderaba de la mano de la joven.

El corredor estaba completamente a oscuras. De pronto, tropezaron con el primer peldaño.

Tenía unos dieciocho centímetros de altura. «Ciento ochenta milímetros», pensó Berry, a la vez que elevaba la cabeza hacia lo alto. Era tanto como si se encontrasen ante un muro de más de noventa metros de altura,

Pero su misma pequeñez hacía que aquel muro, que a un hombre normal le hubiera parecido absolutamente liso, presentase numerosas irregularidades, entrantes y salientes poco menos que microscópicos, lo mismo que podrían haber encontrado en un acantilado rocoso situado en la ladera de cualquier montaña.

—Incluso aquí estamos en mejores condiciones que en ese supuesto acantilado —dijo Berry, tras haber explicado su plan a la muchacha—. Las irregularidades del cemento poseen ciertas regularidad, valga la paradoja. Y eso, aunque con la fatiga correspondiente, nos permitirá llegar al borde del escalón.

—¿Y después?

—Haremos funcionar la reductora, pero al revés.

Emprendieron la ascensión. Resultó larga y penosa, pero alcanzaron el borde. Después de un rato de descanso, continuaron de nuevo su camino.

Los peldaños eran solamente tres o cuatro, destinados a dar a los incautos la sensación de que descendían a un sótano. De pronto, Berry se encontró ante el pomo de una puerta.

—Veamos lo que hay al otro lado —dijo.

Abrió. Enormemente sorprendido, se encontró en la sala donde había sido recibido por el doctor Eghino.

Volvió la cabeza. Guduria salía en aquel momento, sucia y despeinada…, ¡pero con sus dimensiones normales!

—¡Thor! ¿Qué milagro es éste? —preguntó ella, pasmada al verse de nuevo en su tamaño normal.

Alguien apareció de pronto ante ellos.

—Menos mal. Creíamos que ya no volveríamos a veros nunca más —exclamó Kid Diller.

* * *

Para Berry, era una enorme sorpresa ver a su amigo, acompañado de Sybyla, en aquel edificio. Pronto tuvo la explicación.

—Me extrañó que mi TTV no consiguiera penetrar en el interior de este edificio, así que decidimos venir a investigar personalmente. Llegamos cuando ya era de noche. Los guardias del recinto exterior no son muy cuidadosos que digamos con la vigilancia —declaró Diller—. Demasiado seguros de sí mismos y de sus sistemas de alarma. Esos sistemas, por supuesto, pueden servir para las personas normales. A un tipo como yo le resultan infantiles.

—Sí, pero ¿cómo supiste…?

—Atrapamos al doctor Eghino y le hicimos hablar. Cuando vio a Thrimón, se desmayó del susto. Luego se recobró, claro, pero no tuvo inconveniente en soltar todo lo que sabía. Él fue quien nos dijo que la reductora puede funcionar en sentido inverso e incluso se brindó a enseñarnos su manejo. Entonces, ya sólo faltaba esperar vuestro regreso.

—Es decir, hemos recobrado el tamaño normal mientras volvíamos por el túnel —dijo Berry.

—Exactamente.

Berry palmeó con fuerza los hombros de su amigo.

—Nunca olvidaremos tu gesto, Kid —dijo.

—La reductora, cuando funciona, emite unas radiaciones de enorme intensidad, que forman como una especie de energía protectora en torno a ella —explicó Diller—. Pero ahora mismo la haré saltar en pedazos…

—No.

Diller miró a su amigo, sorprendido.

—Este maldito trasto debe ser destruido…

—Afuera hay varias decenas de miles de hombres que deben volver a su tamaño normal, así como también han de recobrar la integridad de su mente. Son gente engañada por los dos hermanos Lettoiseul y no podemos permitir que sigan viviendo reducidos a la milésima parte de su tamaño normal.

—¿Cuáles son tus proyectos, Thor? —preguntó Diller.

—En seguida los conocerás. Guduria, necesito tu ayuda.

—Sí, Thor —contestó la aludida.

Berry explicó su plan en pocas palabras. Ella asintió. A Diller y a Sybyla les pareció un tanto disparatado, pero Berry insistió en que era la única forma de evitar la conquista del Megasistema por un par de sujetos de ambición sin límites.

Minutos más tarde, Guduria iniciaba su acción. Berry, por su parte, convertido en un remolino de humo, se dirigió al pabellón ocupado por los dos hermanos.

* * *

Roger Lettoiseul se acercó a la lupa que tenía instalada fuera del edificio central y contempló el paisaje del suelo durante unos instantes. Luego, preocupado, se volvió hacia su hermano.

—Es raro —dijo—. No veo a ningún soldado… Todos los cuarteles y barracones aparecen deshabitados…

Georges se acercó a la lupa. Después de unos momentos de silencio, exclamó:

—Tal vez se han dispersado, aterrados por las hormigas, que

deben de parecerles monstruos.

—Es probable, pero yo me siento muy preocupado, Georges. ¿Qué diablos está pasando aquí?

Un televisor se encendió de pronto. El locutor dijo:

—Las autoridades han descubierto el lugar donde se entrenaban los mercenarios que eran contratados para apoyar los golpes de Estado realizados en varios planetas del Megasistema. Ha sido dictada orden de arresto contra los hermanos Georges y Roger Lettoiseul...

—¡Huyamos! —gritó el hiperdoctor, lleno de pánico.

Roger lanzó una maldición. Todo aquello, adivinó, era obra de Berry.

—Debimos haberle liquidado sin más —gruñó.

—Tú eres el que quiso divertirse con sus apuros, ¿no? —le reprochó su hermano.

—Estos no son momentos de discutir, sino de buscar el modo de salvar el pellejo —barbotó Roger—. Vamos, nos reduciremos de tamaño y esperaremos a que pase la tormenta.

—Sí, pero... ¿cómo volveremos a las dimensiones normales?

Roger agarró una caja negra, de forma oblonga, que había encima de una mesa.

—Por medio del control a distancia. Permaneceremos unos días en los barracones; hay víveres de sobra y podemos esperar todo el tiempo que sea necesario. Después...

Los dos hermanos echaron a correr. Ninguno de ellos se dio cuenta de que el televisor se deshacía en una nube de gas apenas visible.

Minutos más tarde, se hallaban al otro lado de la reductora.

—Y ahora, ¡que nos busquen! —dijo Roger, satisfecho.

—No se preocupe —sonó una voz burlona—, no les buscarán.

—¡Berry! —aulló el menor de los hermanos.

—El mismo. Escuche esto, por favor.

Sonó una fuerte explosión. El edificio voló en pedazos. A los Lettoiseul les pareció que el suelo temblaba como sacudido por un terremoto.

—La reductora ha volado —dijo Berry a través de la radio—. Nunca volverán a su tamaño normal, porque ahí, en ese campamento, no tienen los materiales para construir otra máquina.

»Sin duda —continuó el detective—, se preguntarán cómo he podido llevarles a esa trampa. En primer lugar, deben saber que les hice dormir veinticuatro horas seguidas, tiempo más que suficiente para que todos sus fingidos colonos volvieran a su tamaño normal y se dirijan a auténticas agencias de recluta de colonizadores. En segundo lugar, olvidaron, si es que lo sabían, las facultades polimórficas que me confirió Guduria hace ocho años. Yo era el televisor que dio unas noticias sobre ustedes, absolutamente inventadas. Nadie les persigue ni nadie les perseguirá. ¿Quién querría perseguir a dos seres casi microscópicos?

»En su nombre, y debido a su desatada ambición, se han cometido demasiados crímenes. El Consejo Supremo del Megasistema recibirá un informe completo de lo ocurrido. Los usurpadores serán depuestos y los mercenarios devueltos a su mundo de origen o empleados como colonizadores. ¡Pero ustedes vivirán ahí siempre, reducidos a un tamaño mil veces menor que el normal! ¿No creen que es el castigo adecuado para quienes querían hacerse amos absolutos de un Megasistema?

Georges cayó de rodillas y se echó a llorar. Roger lanzó un grito de rabia.

—Adiós —se despidió Berry—. Ya no nos veremos más.

Sonó un *«click»*. Los ojos de Roger estaban fuera de sus órbitas, debido a la furia que invadía su ánimo.

De pronto, algo se posó en el suelo, con enorme estruendo. Georges alzó la cabeza y contempló aterrado al enorme pájaro que parecía tener unos cuatrocientos metros de altura.

En realidad, era un simple gorrioncillo. El ave empezó a picotear en el suelo, en busca de comida. De pronto vio dos diminutos insectos.

Su forma era distinta de los bichitos de que se alimentaba habitualmente. Pero ello no pareció importarle en absoluto.

El pico del gorrión se movió velozmente dos veces. Dos insectos bípedos desaparecieron en el buche del pajarillo.

—¿Y ahora? —dijo Guduria horas más tarde.

—Ahora ¿qué? —contestó Berry.

—¿Es que no sabes lo que quiero? Me diste tu palabra, ¿no es así?

Berry sonrió.

—Hay varias formas de casarse —dijo—. Delante de un sacerdote, en una iglesia adornada con flores; delante de un juez de paz…, aunque también puedes ir a una máquina y declarar que consientes en ser mi esposa. Yo digo lo mismo, y cinco minutos más tarde, la máquina entrega el certificado de matrimonio…

—Thor, ¿cuál es el método más rápido? —preguntó Guduria.

Berry la abrazó estrechamente.

—La máquina, pero… yo soy un poco tradicional para ciertas cosas…

Ella sonrió.

—Bueno, he esperado ocho años, de modo que un día o dos más, poco importan, me parece. Lo que sí importa es que ya no nos separaremos nunca.

—De eso puedes estar segura —contestó Berry.

FIN





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.